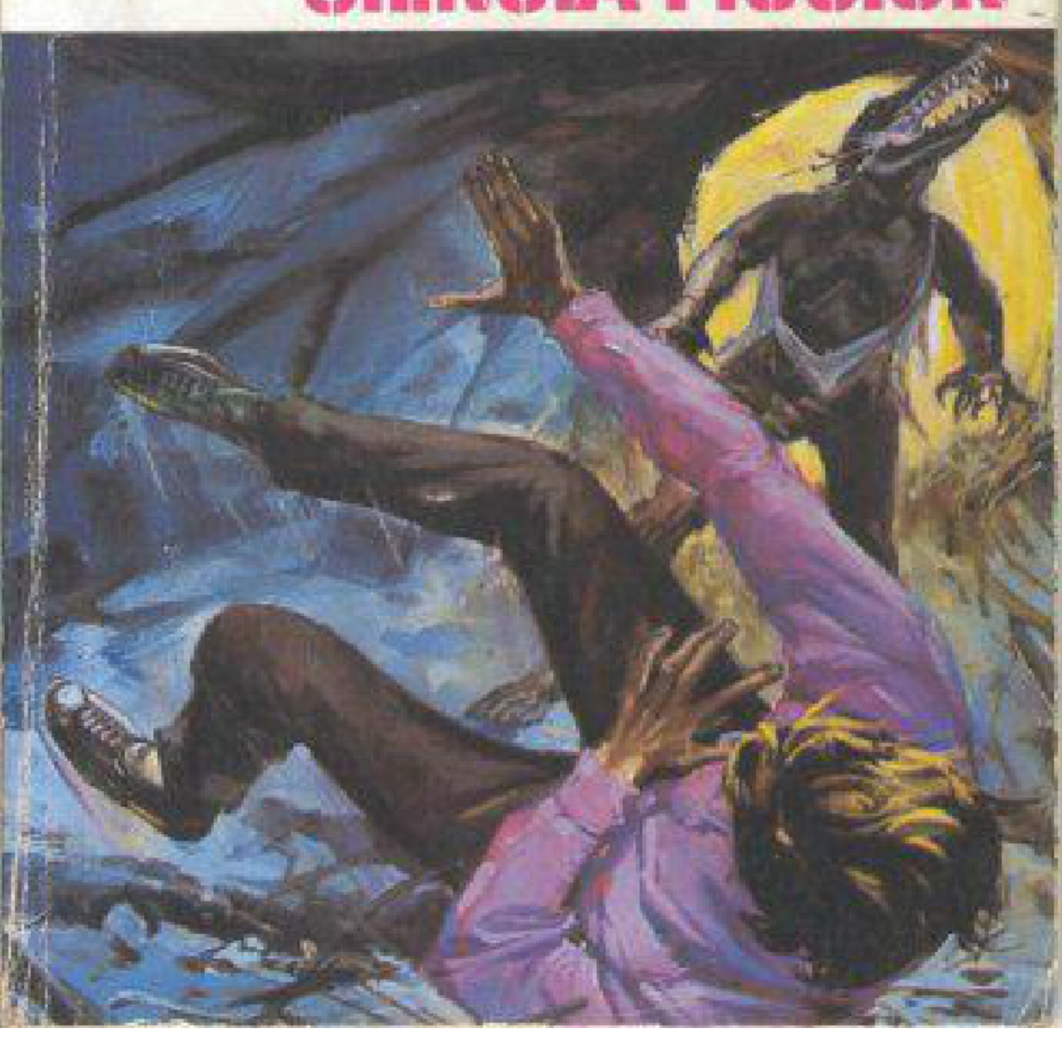
la conquista del ESPACIO

BOLSILIBROS BRUGUERA

LA ULTIMA CRIATURA

Kelltom McIntire

CIENCIA FICCION



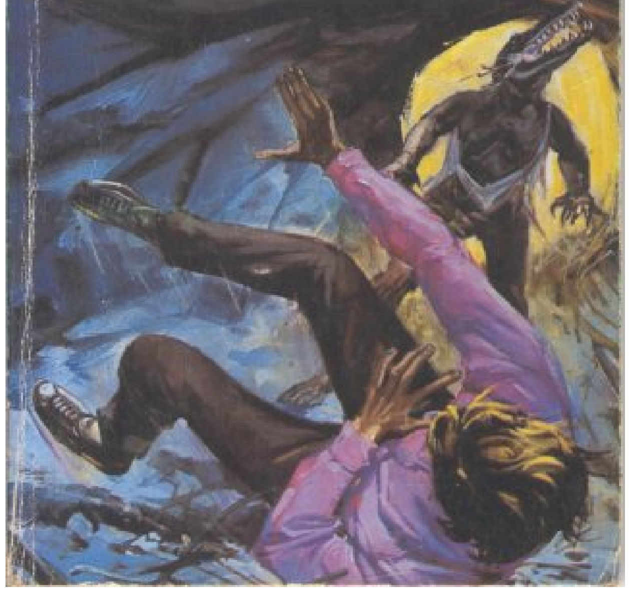
BOLSILIBROS BRUGUERA

la conquista del ESPACIO

LA ULTIMA CRIATURA

Kelltom McIntire





ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCION

405.— Torre de Babel II - *Glenn Parrish*

406.— La locura de Selene - *Ralph Barby*

407.— Fantasía sobre un cronomóvil - *Clark Carrados*

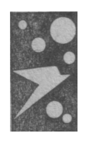
408.— El poder invisible - *Keith Luger*

409. —Viaje al fondo de la galaxia - *Glenn Parrish*

KELLTOM McINTIRE

LA ÚLTIMA CRIATURA

Colección
LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.º 46
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS – MEXICO

ISBN8 4-02-02525-0
Depósito Legal B 15.787-1978

Impreso en España - Printed in Spain

1: edición: junio, 1978

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1978

CAPITULO PRIMERO

Una angustia atroz acongojaba a los seres que se aproximaban vertiginosamente al planeta azul.

Caídos en tierra, de bruces sobre los bruñidos suelos de brillante *icrom,* se retorcían como larvas más que como seres superiores que eran.

Arix, el excelso, lo había anunciado: —El éxodo siempre supone algo terrible, mil veces doloroso. Hemos tenido que arrancarnos virtualmente de nuestro hermoso Hakari, el más bello y perfecto de los mundos. Nos hemos visto obligados a huir desordenadamente... ¡Nosotros, criaturas elegidas, seres poderosos, casi omnipotentes...,

hemos abandonado nuestro paraíso! Un paraíso que lentamente se ha ido sumergiendo en la oscuridad, merced a leyes superiores, matemáticas, pero..., ¡mil veces crueles!

Arix calló, exhausto, doblegado por la más intensa angustia.

A propósito, el excelso hombre de Hakari evitaba despertar la consciencia de los seres de su raza que viajaban a bordo de la colosal astronave hakarita. Arix callaba, Arix meditaba.

No quería atormentar a sus hermanos de raza, no quería recordarles que sólo ellos, con su indolencia de seres privilegiados, eran los responsables del precipitado éxodo desde Hakari.

Arix era leve, Arix era piadoso. Pero...

Las ideas se desarrollaban y creaban nítidas imágenes en su mente. Imágenes que el excelso percibía claramente a través de sus sentidos.

Y la deducción era clara: los hakaritas, la raza en pleno, había alcanzado el supremo nivel de la inteligencia. Y los resultados no se habían hecho esperar: Hakari, el más bello planeta habitado por seres inteligentes, había conocido el emporio de la abundancia, de la técnica, del más sofisticado progreso.

El cerebro de los hakaritas se había desarrollado considerablemente..., pero su esqueleto, sus vísceras y sus músculos se habían atrofiado en proporción inversa.

— ¿Y qué...? —clamaba Arix, con cierta rebeldía—. Para nosotros, la vida era perfecta. Yo mismo he vivido el triple que mis padres. He dispuesto de largo tiempo para dedicarme al estudio, a las artes, a todo lo que de hermoso y transcendente puede alcanzar un ser inteligente. Nos fue dado conseguir una existencia contemplativa, cómoda, casi llegamos al éxtasis cósmico.

Pero...i

Aquella vida cómoda y exenta de peligros, a lo largo de milenios, había obrado un efecto pernicioso y traidor sobre la constitución física de los seres de Hakari.

De robustos, saludables y potentes, habían devenido débiles, enclenques, disminuidos...

Su sistema celular se había ido degenerando progresivamente, pues conocida es aquella ley de la Naturaleza : *a cada causa corresponde un efecto.* Y si los hakaritas no necesitaban ya de sus músculos y de su piel y de sus huesos para arrostrar situaciones climatológicas adversas, si las máquinas realizaban por ellos todas las labores necesarias..., era lógico que las criaturas de Hakari terminasen —transcurridos miles de años de perfección técnica— convertidos en seres físicamente deleznables.

Para trasladarse, para moverse, no necesitaban sus músculos, ni su sistema nervioso. Bastaban con las potentes y sofisticadas máquinas sometidas a la potencia de sus cerebros, que todo lo regían sobre la

superficie del deleitoso Hakari.

Pero nuevas ideas acudían presurosas al atormentado cerebro de Arix, el excelso.

—Nuestra pereza nuestra incapacidad para prever el porvenir, nuestra soberbia... Todo ello fue la causa de que no pudiéramos prevenir la decadencia de Orx, el sol de nuestro sistema.

Y axial había sucedido. A lo largo de miles de años, Orx tibia ido perdiendo su energía, ansiosamente «chupada» por los tentáculos electrónicos que partían del planeta Hakari. Desde luego, el proceso de pérdida de energía de Hakari era irreversible, con arreglo a las leyes cosmofísicas, pero la tecnificación de sus criaturas había acelerado la crisis energética (1). A lo largo de los últimos siglos, los hakaritas harían contemplado, impotentes, cómo el bello planeta iba cubriéndose paulatinamente de hielo, cuya capa sobre la superficie iba alcanzando progresivamente un peligroso espesor.

Luego cundió el pánico.

Arix había dado la voz de alarma.

—No es el fin, pero se le parece de forma alucinante. Es preciso escapar, encontrar otro mundo para nosotros.

Aquella operación «Éxodo» se realizó de una forma desorganizada... porque el pavor impedía pensar con la serenidad suficiente.

Prácticamente, todo el trabajo lo habían realizado los *funx,* o robots, máquinas muy perfeccionadas, pero carentes de una verdadera inteligencia superior.

El éxtasis había impedido a los hakaritas funciones tan próximas a la inteligencia como la curiosidad, el ansia por conocer y explorar mundos distintos. Y así, la tecnología de las criaturas de Hakari apenas conocía el espacio exterior si no era a través de sus potentísimos artilugios de observación del Cosmos.

A toda prisa fue construida una gran astronave, cuando el esplendoroso Orx había entrado decididamente en su triste ocaso astral.

El brillo del astro apenas era ya una sombra de sus pasados destellos fulgurantes: las criaturas de Hakari sólo podían percibir un resplandor fosforescente, fantasmagórico de tono verdoso circunvalando la enorme esfera negruzca de Orx.

---

(1) La idea posee una base científica admisible: basta aproximar un objeto frío a otro caliente, incluso incandescente, para que el segundo pierda rápidamente su calor.

Para alcanzar la astro*nave* y con ello una remota posibilidad de

vida en otros mundos, la selección de los habitantes del negro- Hakari hubo de ser lo más cruenta y natura; el que pudo alcanzar la nave por sus propios medios, llegó. Los demás...

Millones de hakaritas murieron en sus confortables hábitat metálicos. Otros intentaron escapar de la muerte, pero sus músculos atrofiados y la consternacion que perturbaba sus privilegiados cerebros. les perdió. Cuando los funx hubíeron ultimado los preparativos a bordo de la enorme astronave, Arix subió a ella.

Pero antes de que La gran compuerta oval se cerrara automáticamente tras de si. Arix podo contemplar un espectáculo alucinante.

La gran Waot-La la metrópoli de Hakari, diseñada por un cerebro genial aparecía materialmente cubierta por los cadáveres de millones de criaturas semejantes al propio Arix.

«¿Hombres o... despreciables larvas traslúcidas?», pensó tristemente el excelso.

Cerró los ojos y se dejó llevar hacia su cámara en brazos de un *funx*. Pero aquella visión espectral de las calles de Waot-La cubiertas por las carroñas de millones de hakaritas le persiguió durante muchos días, hasta el punto de dejar su mente extenuada y su cuerpo macilento y enfermizo

El éxodo duraría miles de años.

«Una maldición --pensaba Arix, inmóvil durante mu- chos días en su cámara—. ¿Qué será de nosotros? Nos encontramos en un medio extraño, tal vez hostil... ¡Este horrible habitáculo de metal, vagando a toda velocidad a través de un pavoroso espacio sin luz...!»

Lentamente, Arix fue recuperándose, celosamente cui- dado por Ar-Lux, su *funx* particular.

El pesimismo de las primeras jornadas a bordo de la astronave, fue cediendo progresivamente, a medida que Su desarrollado cerebro aceptaba inteligente y racionalmente la situación.

«Tal vez nos equivocamos al abandonar tan precipi tadamente Hakari —reflexionó—. Con serenidad, hubié- mos podido sobrevivir aún por un centenar de años. Y ello nos hubiera permitido acometer este éxodo con mayores probabilidades de encontrar un nuevo mundo acorde con nuestras necesidades.»

Pero ¿quién es capaz de controlar el pánico, de organizar y dirigir el estado de ánimo personal cuando el instinto de conservación nos urge a huir a la mayor velocidad?

Había que aceptar la situación, tal como fuese. Y, de todas formas, ésta no era tan desesperada.

«Nuestros cerebros nos guiarán hasta la Tierra de Promisión», pensó Arix, esperanzado.

Decidió una cuestión principal: habla que imbuir en las mentes de sus

semejantes la idea de que era preciso recobrar la capacidad física. Como explicó a sus semejantes en la gran asamblea convocada poco después:

—¿Cómo podríamos adaptarnos a un mundo nuevo, quizá hostil, si apenas podemos valemos por nosotros mismos? Hasta ahora hemos confiado en nuestros poderosos *funx,* pero a partir de hoy debemos esforzarnos en recuperar nuestro antiguo desarrollo físico, puesto que no podemos contar con la seguridad de seguir obteniendo energía suficiente para que los robots realicen su trabajo por nosotros.

La sugerencia fue acogida con mediano entusiasmo. Todos confiaban en Arix y por encima de esta confianza se encontraba el ansia por salvar la vida, por hallar aquel mundo nuevo inundado de luz y de alegría.

Por desgracia, el entusiasmo de los primeros momentos chocó contra la negra realidad: lo que se había degenerado a lo largo de milenios... *tardaría también milenios de años en regenerarse.*

A bordo de la astronave, los hakaritas eran impotentes para realizar la más mínima labor por sí solos, porque sus cuerpos habían llegado a tal grado de incapacidad física que, más que vivir, se diría que vegetaban: los *funx* les alimentaban, se ocupaban de su transporte y de su higiene. Los *funx*...

Arix hubo de darse por vencido. Personalmente había intentado perezosamente recobrar su vigor físico, peno sólo había conseguido extenuarse y enfermar.

—Debo aceptarlo así. Poseemos cerebros privilegiados, pero nuestros cuerpos tienen un aspecto despreciable —se dijo.

CAPITULO II

Arix se sentía ya al borde de sus fuerzas. El excelso jefe de los hakaritas perdía a veces sus facultades mentales e, inconsciente, permanecía durante largas jornadas inmóvil, inmerso en un sueño que más parecía muerte.

En uno de sus raros momentos de lucidez, germinó la idea en su voluminoso cerebro:

—Debo nombrar a mi sucesor..., puesto que voy a morir.

Su prodigiosa mente se esforzó en hallar el nombre del hakarita que habría de sucederle.

No le costó gran esfuerzo, puesto que en su memoria estaban impresas las historias de todas las criaturas supervivientes de Hakari que viajaban a bordo de la astronave.

—¡Saithan! ¡El me sucederá! —gimió.

Era el mejor, el más robusto, el más frío e inteligente de todos.

Inmediatamente Arix convocó una asamblea y se hizo trasladar allí

por Ar-Lux.
—Seré muy breve —expresó telepáticamente—. Mis fuerzas se agotan. Sé que voy a morir y debo dejaros un sucesor, un individuo suficientemente capaz para guiaros hasta el final. He decidido abdicar en Saithan.
Un rumor de protesta se alzó sobre cierto sector de la asamblea. Y precisamente allí donde se habían situado los más ancianos hakaritas.
Pero ya Saithan había abandonado la protección de su *funx* y aunque con movimientos pesados y sinuosos propios de un reptil, se aproximaba hacia el lugar que ocupaba Arix.

Por su parte, Arix entendía las protestas de los más viejos: Saithan tenía cierta mala fama. Para muchos, Saithan era excesivamente cruel, cerebral, sádico, insensible...

Era cierto que no contaba con simpatías entre los más experimentados, pero ninguno tan capacitado como él para sobrevivir en las condiciones más adversas e insólitas.

Dando pruebas de su sabiduría, Arix logró concertar su propia decisión con la velada censura de los ancianos.

Y dijo:

—Saithan será mi sucesor. Sin embargo...

Saithan yacía ahora, respirando estertorosamente por el esfuerzo, a los pies del jefe.

—Sin embargo, comprendo que es demasiado joven y necesita un tutor —prosiguió Arix—. Para tal misión nadie mejor que el sensato Kribex. Así pues, éste es mi mandato: Saithan os dirigirá a partir de ahora, pero siempre bajo el consejo del venerable Kribex.

Saithan giró con gran dificultad su cuello y lanzó una acerada mirada de sus ojos rojizos hacia el anciano Kribex.

—¿Aceptas mi decisión, Saithan? —inquirió el excelso Arix.

Saithan inclinó su cabeza, hipócrita.

—Acepto, señor. Y juro por nuestro protector, el dios Aiti, que consumiré mi vida al servicio de mis semejantes —accedió.

Inmediatamente realizó un enorme esfuerzo por dejar su mente en blanco.

Con ello sólo pretendía que el excelso Arix no adivinase sus verdaderas intenciones: su orgullo le impediría aceptar jamás los consejos de aquel viejo estúpido llamado Kribex.

* * *

La esfera azulada fulgía sobre el negro abismo.

Los *funx* habían trabajado afanosamente durante los últimos días.

¿Su función? Analizar exhaustivamente el azulado planeta.
Sus deducciones no podían ser más esperanzadoras: atmósfera respirable, vegetación similar a la de Hakari, vida animal diversa y abundante...

Sin embargo, transcurrido tanto tiempo desde el despegue de su planeta, los hakaritas se sentían consternados, indecisos, asustados.

Saithan se sentía impotente para imbuir en sus semejantes un mínimo de confianza, de valor.

—¡Cobardes, estúpidos...! —rugía, encolerizado. Y sus ojos rojizos lanzaban destellos peligrosos por doquier.

Finalmente, Kribex se aproximó a él en brazos de su *funx*. La larga barba amarillenta de su tutor flotaba extrañamente en el vacío.

—Domina tu temperamento, Saithan. Olvida tu so- berbia y tu rencor y déjate aconsejar por quien posee la sabiduría —dijo el anciano con voz suave y convincente.

El pequeño rostro del sucesor se crispó en una mueca
diabólica.

—¿Quién posee la sabiduría? —gritó—. ¿Tú, acaso?

La expresión del rostro de Kribex no se alteró.

—Sólo los torpes alardean de su ciencia —dictaminó, con severidad.
añadió:

—No hablaba de mí, sino del excelso, nuestro supremo jefe, Arix.

—¡Yo soy el jefe! —farfulló Saithan, pálido—. El mismo me nombró su sucesor.

—Está bien. Tú eres el jefe. Pero Arix es el sabio. El... está agonizando. No llegará a poner su planta sobre ese planeta azulado que nos espera. Sin embargo... Estoy seguro que Arix consumirá las últimas horas de su vida en salvar las nuestras. ¿No vas a pedir su consejo?

Saithan reflexionó brevemente.

Sí, le convenía dominar la situación. Si de Arix iba a
provenir el consejo suficiente para domeñar a aquella despavoridos individuos Saithan claudicaría.

Después...

—Tienes razón —expresó—. Hablemos con Arix.

Poco después, las señales telepáticas que provenía del cerebro del excelso llegaban a las mentes de todai las criaturas que ocupaban la astronave.

—Sosegaos, tened calma... Os espera un paraíso, seme jante al que perdimos en Hakari. Reflexionad..., ¿vais a renunciar a vuestras comodidades de Hakari, a la luz al estudio, al Arte, a la vida intelectual? Todo eso lo tenéis al alcance de la mano. Sólo debéis poner en juego vuestra inteligencia y... vuestra voluntad. Sujetad

vuestro miedo. Yo estaré aquí protegiéndoos, el poderoso Saithan os guiará. Tened fe: el paraíso está a vuestro alcance...

Los hakaritas recibían las ideas y su efecto iba haciéndose ostensible simultáneamente: el pánico se alejó y la desesperación fue vencida.

Comprobándolo así, Saithan se regocijó interiormente.

Quiso arrastrarse de nuevo hacia la cámara de Arixj pero sus débiles músculos estaban cansados, por lo que hubo de llamar a Fla-On, su robot.

Cuando penetraron en la cámara, Arix agonizaba.

Saithan apenas tuvo oportunidad de captar su postrer mirada. Luego el cuerpo del anciano quedó inmóvil..

Ar-Lux, el robot del excelso, palpó tenuemente el des- medrado cuerpo del jefe y explicó con un seco sonido metálico:

—M...u...e...r...t...o.

Las rojas pupilas de Saithan fulgieron desmesurada- mente.

«Ha llegado mi hora», pensó.

Como si acabase de adivinar sus pensamientos, el an- ciano Kribex giró el cuello desde el *funx* que le trans- portaba.

Pero ya nada detenía a Saithan, ya nadie podría acón- sejarle ni interferirse en su camino.

Como una gigantesca larva se deslizó sobre los metá-licos brazos de Fla-On y se arrastró sobre el piso de *icrom.*

—Má...ta...le —silabeó, iracundo—. Deshazte de Kri-
bex.

Fla-On avanzó lenta y aplomadamente hacia el anciano tutor.

Una de sus monstruosas manos metálicas se alzó en el aire y los acerados dedos en forma de pinza abarcaron el fláccido cuerpo del anciano.

Saithan escuchó el horrible estertor de muerte, pero ni siquiera se estremeció.

Ante la impasible actitud del *funx* que sostenía al anciano en sus brazos, Fla-On rompió con un escalofriante chasquido el cuello del infeliz Kribex.

Sin embargo, en aquel momento tuvo lugar un suceso inesperado.

Ar-Lux, el robot del fallecido Arix, se incorporó al escuchar el chasquido que anunciaba el horrible final del anciano tutor.

Mientras el fláccido cadáver se escurría de entre los brazos de su *funx,* Ar-Lux giró bruscamente y sus redondos ojos fosforescentes quedaron fijos, sin expresión, sobre el deforme cuerpo de Saithan, que yacía en el suelo.

La imponente mole de Ar-Lux, diez veces superior en peso a Saithan, avanzó sobre él.

En los primeros instantes, Saithan no comprendió las intenciones

del *funx* del excelso Arix.

Pero cuando el enorme robot llegó junto a él y alzó uno de sus descomunales pies metálicos lo entendió en seguida.

Ar-Lux, programado directamente por la poderosa mente de Arix... ¡había decidido exterminarle!

Desesperadamente se encogió sobre sí mismo como una lombriz y consiguió esquivar el pesado pie del robot.

Sofocado, muerto de miedo y de cólera, con el rostro congestionado, Saithan buscó los ojos de Fla-On y gritó:

—¡EXTERMINALE, DESHAZLE, DESTRUYELE...!

De la maciza cabezota de Fla-On surgió un fino rayo plateado que chocó contra Ar-Lux, cuyos brazos se agitaron espasmódicamente.

Un instante después, su poderosa armazón metálica esplendió como una estrella.

Súbitamente el metal se fundió y la silueta de Ar-Lux se deshizo.

El metal salpicó sobre el piso y Saithan tuvo que girar locamente sobre sí mismo para evitar las quemaduras.

—¡Aprisa, aprisa! —ordenó a Fla-On—. ¡Tómame y salgamos de aquí!

El robot le tomó bruscamente en brazos y abandonó la cámara.

Detrás quedaban los exánimes cuerpos de Arix y de Kribex.

El *fnnx* del tutor parecía contemplar con ojos impasibles la azulada masa metálica en que había quedado
convertida la silueta de Ar-Lux.

* * *

La astronave quedó absolutamente inmóvil.

—H...e...m...o...s ll...e...g...a...d...o —anunció parsi- moniosamente la metálica voz de Fla-On.

Saithan parpadeó pesadamente.

¿Era posible...?

Lo era.

Los instrumentos de la cabina de navegación lo indicaban así: la astronave acababa de posarse sobre la superficie del planeta azul.

Incrédulo, Saithan se palpó a sí mismo con sus atrofiadas manos que más parecían tentáculos de cefalópodo.

—Estoy... vivo —murmuró.

Inmediatamente trató de erguirse, pero su cuerpo pesaba como el plomo y finalmente desistió de todo movimiento.

—Ve —ordenó a Fla-On—. Comprueba que todo está en orden, que las criaturas de Hakari poseen aún vida.

El *funx* tornó poco después a la cabina.

—T...o...d...o...s v...i...v...o...s —informó.

Saithan se hizo tomar por los brazos del robot y poco después

convocaba una asamblea.

—Fuera está nuestro nuevo mundo —anunció. Y añadió secamente —: Ahora sólo nos queda conquistarlo.

La euforia se desató entonces entre los hakaritas. Incluso el más cobarde se sentía ahora capaz de las mayores hazañas.

Todos parecían dispuestos a abandonar la nave en brazos de sus *fwix* y a realizar la primera exploración del paraíso prometido.

Sin embargo, Saithan impuso un compás de espera de varias horas.

—Mi cerebro percibe algo extraño —dijo, desconfiado—. Nuestra nave alcanzó una temperatura excesiva como consecuencia del roce de la estructura exterior con la atmósfera de este planeta. Pero ahora, nuestro vehículo está enfriándose desmesuradamente aprisa.

Dos horas después, la temperatura había descendido treinta grados.

En la sala de asamblea, las criaturas de Hakari habían pasado de la desenfrenada euforia al más triste pesimismo.

—Contemplemos ese mundo ahora —ordenó Saithan,
decidido.

Un gran sector del panel metálico parpadeó. Luego un paisaje alucinante y hostil se ofreció a sus dilatadas pupilas.

Colosales bloques de hielo alzaban sobre el grisáceo firmamento sus aguzadas agujas de quinientos metros de altura.

El paisaje ofrecía un reflejo espectral, de un brillante blanco azulado.

Al fondo se advertía una masa verde oscuro. Un bosque, sin duda.

Telepáticamente, Saithan ordenó a Fla-On que aproximara la visión de aquel confín verdoso.

Lo que veían sus ojos no era sino una gran masa arbórea compuesta por helechos descomunales y otras plantas criptógamas elementales de colosales proporciones.

Las frondas se agitaron violentamente en aquel instante y una ciclópea cabeza de reptil apareció entre las Tamas.

Luego emergió el largo y voluminoso cuerpo del saurio que forrajeaba a dentelladas tallos de helechos tan gruesos como el cráneo de Saithan.

Los hakaritas contemplaban la salvaje escena con los ojos desorbitados, incapaces de expresar sus pensamien- tos.

Saithan se encolerizó.

Había esperado encontrar un paradisíaco vergel y lo que sus ojos contemplaban a su alrededor sólo venía a ser una desolada estepa helada que lindaba con un glaciar y un bosque poblado por terroríficos reptiles de enormes proporciones.

Poco a poco se fue calmando, sin embargo.

—Este es nuestro paraíso —exclamó al fin, despectivamente—. No parece tan acogedor como dijeron nuestros *funx,* pero debe poseer un

mínimo de condiciones vitales para nosotros. No disponemos de energía suficiente para buscar algo mejor: apenas podríamos sobrevivir en nuestra nave durante diez o doce años. Por tanto...

—¿Qué va a ser de nosotros? —clamó Wai-Fan, uno de los más jóvenes, nacido durante el éxodo.

El jefe Saithan le dirigió una fría y deshumanizada mirada.

—Tendremos que adaptarnos a las condiciones de vida de este planeta. Nosotros, habituados a temperaturas suaves, apenas duraríamos unas horas sobre esta fría superficie. Pero nuestros. *funx* han detectado grandes superficies acuáticas. Es decir, los mares cubren la mayor parte del planeta.

Wai-Fan se mesó desesperadamente los ralos cabellos que cubrían su desarrollado cráneo.

—Pero... ¡nosotros no estamos preparados para vivir en el agua! —clamó quejumbrosamente.

Saithan le fulminó con un destello rojizo de sus ojos.

—Si no estamos preparados para vivir en los mares, en el agua, ¡evolucionaremos! —gritó.

Consiguió alzar su cabeza y añadió orgullosamente:

—Nosotros, que hemos creado a los *funx* y nos hacemos servir por ellos, crearemos un hábitat que nos permita sobrevivir. Para nuestra suerte o para nuestra desgracia, aquí habremos de vivir. Pero los débiles morirán, sólo los más resistentes y poderosos alcanzarán el estado perfecto de la necesaria evolución —terminó con deliberada crueldad.

CAPITULO III

Larry Hartman se incorporó sobre el lecho, ya saciado.

Durante unos segundos contempló a la mujer que, adormecida, yacía desnuda sobre las frescas sábanas de seda.

—Eres bella, Sheila —murmuró, admirándola extasiado.

La mirada del hombre recorrió las finas piernas bronceadas de la mujer, se detuvo un momento sobre la curva del vientre, se recreó en la tersura henchida de los senos, contempló embebido el rostro juvenil y admiró los largos cabellos negros desparramados sobre la almohada.

—Sí, eres muy atractiva, querida Sheila —reflexionó el hombre—. Lástima que sólo te interese mi dinero.

Retrocedió de espaldas y entró en el baño.

Poco después se vestía en silencio. La mujer seguía adormecida y Larry no tenía intención de despertarla, así que abrió la puerta de su *suite* y salió al pasillo.

Eran las cinco de la tarde. A pesar del aire acondicionado, la

húmeda y elevada temperatura se hacía agobiante, por lo que tanto en el vestíbulo como en el bar del hotel la actividad era escasa.

A la sombra de las palmeras que separaban el moderno hotel atlántico de la próxima playa, Larry encendió un cigarrillo.

Más allá, ya en la arena, dos personas yacían sobre sus esterillas a la sombra de los parasoles de juncos.

Larry dirigió hacia allá una distraída mirada. Pero un instante después, sus ojos azules recorrían con gran atención la esbelta silueta femenina tendida junto a un hombre muy moreno que hojeaba una revista apoyado sobre un codo.

La mujer era muy joven, apenas una chiquilla. Pero su cuerpo bronceado, de piel sedosa, estaba maravillosamente proporcionado.

Cubierta apenas por un diminuto tanga, sus prietos y pequeños senos recibían con toda libertad los ardientes rayos del sol de Florida.

Cuando Larry avanzó unos pasos, la muchacha se irguió y le miró. Dejó escapar un gritito y, aturdida, trató de cubrir sus senos de alguna forma., pero, no encontrando nada útil a mano, optó por arrojarse bruscamente de bruces y ocultar su rostro sobre la arena.

Larry sonrió, divertido.

Y un momento después proseguía su marcha hacia, el cercano embarcadero de troncos.

A su espalda, el hombre moreno que hojeaba una revista frívola, entornó los ojos, observando fijamente a Larry Hartman.

—Deja de fingir, Jenny. Ese es el hombre que nos interesa —susurró.

La jovencita giró el cuello y agitó sus cabellos para desprender la arena que se había adherido a su húmeda y brillante cabellera.

Observó con interés al hombre que se alejaba. —Creo que no me sería difícil enamorarme de él —murmuró—. ¡Es tan virilmente guapo!

Brad, el hombre moreno de unos cuarenta años, se rió despectivamente.

—No tienes que enamorarte de él…, aunque supongo que para ti Hartman debe resultar un hombre muy atractivo. Sí, es el clásico tipo que las enamora: atlético, musculoso, alto, rubio, bronceado, elegante y… rico. Para ti, sin embargo, pequeña, Hartman sólo debe representar un colosal montón de dólares.

Plegó perezosamente la revista, acarició con la mano izquierda el vientre de la muchacha y añadió:

—Ahora ya lo conoces. También él te ha visto, por lo que estoy seguro de que intentará aproximarse… si tú tienes la habilidad de colocarte a su alcance.

Jenny observaba todavía a Hartman, que en aquel instante se aproximaba al borde del embarcadero y cambiaba unas palabras con

el piloto de una potente lancha amarrada al muelle.

—En el fondo, creo que ese tipo está chiflado —rió Brad.

—¿Hartman?

—¿Quién, si no? —Brad observó cómo ella se ajustaba sobre sus senos la cinta multicolor que acababa de hallar bajo la esterilla—. Para mí, sólo puede ser un loco el hombre que después de hacerse rico exponiendo su vida durante años, vuelve a desafiar la muerte por simple capricho.

Jenny se incorporó.

Comprobó que, en aquel preciso instante, Larry Hartman saltaba sobre la lancha. La embarcación se separó lentamente del muelle y luego su motor rugió y la lancha saltó a gran velocidad sobre la espuma de las leves oías que llegaban hasta la arena, en dirección a mar abierto.

—No me habías hablado de... los caprichos de Hartman —dijo la mujer, curiosa—. Sólo me dijiste que ese hombre se había hecho rico buscando tesoros perdidos en el fondo del mar.

Brad rió, irónico.

—Empezó poniendo a flote viejos cascos de buques hundidos durante la guerra o de forma accidental —explicó—. Hartman sólo era, entonces, un vulgar chatarrero. Su negocio no le producía suficiente dinero como para hacerse rico. Hasta que...

—¿Hasta que...?

—Hasta que consiguió elevar del fondo del océano el casco del *African Conqueror,* un viejo carbonero hundido entre los cayos, tras chocar contra los peligrosos arrecifes que existen en esa zona.

—No me digas que el *African Conqueror* cargaba esmeraldas en lugar de carbón... —exclamó Jenny, estupefacta.

—El viejo casco no valía nada. Pero debajo de él, en el fondo del mar, Hartman encontró dos viejos cañones de bronce. Su instinto le dijo que bajo el fango podía encontrar algo mil veces más valioso que aquellas piezas de museo.

-¿Y...?

—Sin comentar una palabra sobre aquel asunto, Hartman se puso en contacto con Julius Bennett, un viejo profesor de Universidad, tan chiflado y aventurero como el propio Hartman, pero muy experto en la historia de las colonias españolas...

— ¿Qué hicieron?

—Se asociaron y Hartman obtuvo un crédito bancario para financiar la empresa. Adquirieron una draga y pusieron manos a la obra. Bajo el lodo apareció el casco forrado de cobre de una vieja carabela española, casi destrozado. Sus bodegas estaban abarrotadas de cofres llenos de lingotes de oro y plata con destino a España...

Jenny dejó escapar una exclamación de asombro.

—Había oído muchas historias acerca de esos barcos sumergidos, cargados de inmensos tesoros, pero siempre estimé que eran simples fábulas urdidas por mentes calenturientas —dijo.

— ¿Fábulas? —rió Brad—. Hartman entregó a las autoridades tres toneladas de metal precioso, de cuyo valor recibió aproximadamente la mitad, es decir, unos cuatro millones de dólares. Sin embargo...

-¿Sí?

—Hay quien opina que Hartman tuvo tiempo de poner a salvo la mayor parte del botín antes de que las autoridades tuviesen ocasión de controlar los hallazgos. Si esto fuese cierto, puede suponerse que hoy Larry Hartman es inmensamente rico.

Brad hizo una pausa y miró fijamente a la muchacha.

—Y tú y yo, querida Jenny, podemos darle una buena dentellada a esa fortuna —añadió, observando la reacción de la mujer.

Pero Jenny se sentía intrigada por una cosa bien distinta.

—Tú hablaste de los *caprichos* de Hartman. ¿A qué te referías? —quiso saber.

—Imagínate: un hombre poderoso, con su porvenir asegurado de por vida, adquiere de pronto una extraña obsesión por la arqueología. Tal vez ese chiflado de profesor Bennet le excitó con sus historias de viejas ciudades sumergidas bajo las aguas. Lo cierto es que Hartman está despilfarrando locamente su dinero.

— ¿Cómo...?

—Ha comprado un barco de dos mil toneladas perfectamente acondicionado para la exploración submarina.

—Explicó Brad, un tanto impaciente— El *Ocean Inquirer* debe costar más de un millón de dólares. Pero no es éso sólo: mantiene un equipo de buceadores de una docena de hombres, además de la tripulación del *Ocean Inquirer,* y se traslada constantemente miles de millas a lo largo de la costa atlántica. Todo eso cuesta una fortuna, ¿no lo comprendes, pequeña?

Jenny asintió.

—Sí. Pero, ¿qué busca exactamente ? —preguntó.

—Sólo él y el loco profesor Bennet pueden saberlo.

Leí unas declaraciones de Bennet en un periódico de Orlando. El profesor abriga esperanzas de hallar... ¡nada menos que las ruinas de la Atlántida!

Jenny contemplaba, intrigada, el mar próximo.

La lancha de Hartman había desaparecido ya en la distancia.

Entonces, Brad ofreció a la mujer unos prismáticos y señaló el horizonte con un gesto.

—Mira hacia allá —indicó—. Mantén el pulso. ¡Así! ¿Ves emerger del mar la silueta de un islote? Es Cayo Calavera. El barco de Hartman está fondeado a pocas millas de allí.

Jenny oteó a través de los anteojos hasta descubrir un pequeño promontorio rocoso que a veces desaparecía en la distancia bajo el efecto de Las perturbaciones ópticas provocadas por el aire ardiente

— ¡Sí, sí, lo veo! —exclamó ella. Y añadió pensativa—: Cayo Calavera... ¿Por qué ese horrible nombre?

—Nunca he visitado ese islote, pero dicen que sus escarpadas orillas están cubiertas de resecos cráneos humanos. Cómo han llegado hasta allá las calaveras, nadie lo sabe a ciencia cierta. Pero la zona es muy peligrosa para la navegación: bajíos arrecies de coral, extrañas corrientes submarinas que estrellan las embarcaciones sobre los riscos del Cayo, tiburones...

Jenny se estremeció.

Pero la cálida mano del hombre moreno pasó en leve caricia sobre sus finos hombros.

—Tranquilízate. Todo eso nada tiene que ver con nosotros. Si esos locos quieren exponer su vida, ellos. A nosotros... sólo nos interesa el dinero de Hartman. Y tenemos una gran baza a nuestro favor: a el le vuelven loco las jovencitas como tú —rió Brad.

CAPITULO IV

Larry fue el primero en lanzarse al agua.

Inmediatamente le siguieron por la escalera adosada al costado del barco otros cuatro buceadores: Cornel, Brown, Ballard y Pete Loman, un negro joven y ágil como una pantera.

Desde la cubierta, un hombre de uros cincuenta años, canoso y tripudo, que miraba a través de unos pequeños y-ridículos lentes, alzó la mano y dijo con voz aguda:

— ¡Y no os olvidéis de traerme unas cuantas langostas para la cena, hijitos...!

Era el profesor Julius Bennet.

Su silueta rechoncha, su apariencia ridícula, ataviado con una sahariana *beige* y unos pantalones cortos, ocultaban a un hombre apasionado por el misterio y a un verdadero experto en exploraciones submarinas.

A Bennet le hubiera gustado descender hasta las profundidades en pos de Hartman y sus buceadores, pero sus sesenta y dos años de edad no le permitían ya tales alardes.

Sin embargo, su presencia en cubierta era igualmente útil formando equipo con John Glade, el capitán del *Ocean Inquirer,* y el resto de la tripulación, se ocupaba de la seguridad de los equipos de buceo y de dirigir cualquier emergencia posible.

Entretanto, Larrry Hartman bajaba a las profundidades a lo largo de la cornisa atlántica que, en aquel lugar, descendía

escalonadamente hasta alcanzar los cinco mil metros de hondura.

Las aguas, templadas, permitían que los hombres descendiesen sin otro equipo que los balones de oxígeno, un exiguo slip, sus cuchillos y los prácticos bastones eléctricos para repeler tiburones y otras especies marinas sumamente peligrosas.

Como en una cuerda humana y multicolor, los cinco hombres descendían lentamente.

Con el fin de identificarse fácilmente, los balones de oxígeno estaban pintados de distintos colores: rojo el de Hartman, amarillo el de Loman, blanco el de Cornel, gris el de Ballard y naranja el de Brown. Además de ello, los balones estaban rotulados con el nombre de cada buceador.

Alrededor de Hartman se había hecho el silencio y la serenidad.

Apenas podía escuchar el silbido del aire al salir de los recipientes.

Por lo demás, las aguas eran clarísimas y, arriba, el sol esplendente permitía una visión perfecta.

Sin embargo, la contemplación de aquel muro grisáceo, apenas interrumpido de cuando en cuando por pequeñas cuevas de donde surgían a veces 1os tentáculos de los pulpos, hubiera sobrecogido el ánimo de cualquier persona normal.

Abajo estaba la insondable profundidad gris, donde pululaban tiburones, morenas y rayas. Arriba iba diluyéndose paulatinamente la irisada luminosidad dorada de la superficie del mar.

Larry Hartman conocía a la perfección su punto de destino: una cavidad en forma de anfiteatro, limitada por promontorios pétreos con una sola salida a la escalonada cornisa atlántica.

Y todo ello a cuarenta y cinco metros bajo la superficie.

El día anterior, Max Cornel había descubierto en aquel lugar una especie de muralla pétrea parcialmente cubierta por una arena dorada, gruesa y desprovista de lodos.

Hartman se había sentido inmediatamente atraído por aquel descubrimiento. Y no dudó en zambullirse, a pesar de que sólo le acompañaba Pete Loman y el sol se ocultaba ya sobre la línea del horizonte.

En mitad del anfiteatro submarino de unos mil metros de diámetro, Larry comprobó entusiasmado que el hallazgo de Max Cornel valía la pena.

Porque, en efecto, a ras del fondo arenoso podían palparse las piezas rocosas, finamente cinceladas, de un muro.

—Una construcción propia de seres inteligentes, de humanos —dedujo.

Habían descendido al anfiteatro sin lámparas y la luz escasa, lechosa, no les hubiera permitido hacer gran cosa por aquella jornada.

A través de la diminuta radio insertada en su visor submarino, Larry se comunicó con el animoso Pete Loman.

—Subamos —ordenó—. Dentro de unos minutos estaremos en plena oscuridad.

A Larry le costó gran esfuerzo separarse del valiosísimo hallazgo. Pero era un buceador experto y conocía sobradamente los peligros del mar como para exponerse estúpidamente.

Dos veces interrumpieron la ascensión para realizar la descomprensión natural.

Y poco después, Hartman se entrevistaba con el profesor Bennet, que se sintió rápidamente traspasado por el mismo entusiasmo.

—Pero... —Julius Bennet parpadeaba nervioso—, ¿no hay posibilidad de que Cornel, de que tú mismo, Larry, os hayáis equivocado?

Hartman denegó fervientemente.

—No hay error. Yo mismo he palpado con mis manos las piedras de esa muralla, sabiamente trabadas entre sí. Ese muro ha sido construido por humanos, no cabe la menor duda —aseguró.

—Pero... ¡pero eso es maravilloso, amigo mío! Un muro... puede decir una casa. Y una casa..., ¡toda una ciudad! —exclamó el profesor, sin parar de dar cómicos sal ti tos.

Larry le sujetó por un hombro.

—No nos hagamos demasiadas ilusiones, profesor —trató de tranquilizarle—. Puede tratarse del espigón de un muelle. O de una construcción aislada, aunque antiquísima.

Pero el profesor parecía embargado por un frenesí irrefrenable.

— ¡No, no, y no, querido Larry! Si se tratase de un muelle, de la infraestructura de un puerto, ello significaría irremediablemente que existiría una ciudad próxima, cualquier arqueólogo lo afirmaría sin ningún género de dudas —estalló ardorosamente Bennet—. No podemos perder tiempo, debemos realizar una exploración completa ahora mismo. Para eso disponemos de material suficiente. Ordenaré que...

Larry le detuvo cuando ya el viejo profesor se disponía a entrevistarse con el capitán Glade.

—Calma, querido amigo —dijo, reteniéndole por un brazo—. Yo mismo comparto su emoción y su inquietud, pero debemos reflexionar. Nuestros buceadores están fatigados, yo mismo me siento cansado... Todos necesitamos descansar, profesor. Mañana a la luz del día, descenderemos y realizaremos una exploración minuciosa y con todas las garantías.

A Hartman no le costó poco esfuerzo convencer al entusiasta profesor Bennet, pero finalmente todos descendieron de la cubierta del *Ocean Inquirer* y embarcaron en la lancha de servicio con

dirección a la playa.

Y ahora...

Los buceadores y el equipo estaban dispuestos para la gran aventura. Abajo, a poco más de veinte metros, aguardaba el enigma.

No existía en todo el anfiteatro vestigio alguno de vida vegetal, debido, probablemente, a lo rocoso del entorno y al limpio fondo de dorada arena.

Por lo demás, no era de temer la presencia abundante de tiburones, puesto que las crestas elevadas del anfiteatro cerraban la entrada a pocos metros de la superficie y el fondo del pavoroso coso sólo tenía una entrada a mar abierto hacia el sur, compuesta por una grieta en forma de «V» de un metro de anchura en su vértice.

Por aquella grieta precisamente había dirigido el capitán Glade —con toda suerte de precauciones— al *Ocean Inquirer,* que se balanceaba ahora en un extremo del círculo rocoso sumergido.

La ausencia de vegetación explicaba la ausencia de abundantes bancos de peces, lo cual venia a ser una garantía de que los tiburones no irrumpían en el lugar de operaciones.

Sólo los pulpos, abundantes en las cuevas del acantilado...

Hartman era un submarinista experto, un hombre de mar. Y conocía las apetencias de los escualos: su bocado preferido eran, precisamente, los pulpos y calamares, quizá por su consistencia blanda y sabrosa.

—No los he visto una sola vez fuera de sus cavernas —informó Cornel, refiriéndose a los cefalópodos.

Sus palabras llevaron la seguridad al ánimo de todos y Hartman se decidió a llevar a cabo la minuciosa inspección sin otro tipo de protección.

Moviendo lentamente sus aletas, Hartman llegó el primero al dorado fondo del anfiteatro.

Cuatro figuras armoniosas y llenas de color llegaron junto a él.

Hartman alzó la mano en una señal convenida y dirigió su mirada hacia las alturas.

Era un espectáculo indescriptible. De lo alto brotaban, a través de las aguas los rayos luminosos del sol.

El leve movimiento de las aguas llenaba de irisaciones fantásticas el más próximo acantilado y las ondas del mar, en su superficie, se reflejaban atractivamente sobre la arena...

El agua, clarísima, tenía un hermosísimo color verde turquesa.

«Sólo por contemplar tanta belleza, valdría la pena descender hasta aquí», pensó Larry, extasiado.

Pero Max Cornel le tocó en el hombro y a través de la radio pronunció:

— ¿Está bien, Larry?

—Perfectamente. Nunca me sentí mejor —respondió Hartman, satisfecho.

— *¿Qué* esperamos entonces? La muralla está hacia el centro.

—Vayamos allá —respondió Larry.

Nado x con fuerza separándose del acantilado y sus cabellos rubios fulgieron al sol como una llamarada.

Pronto empezó a sonar en sus oídos la voz del profesor Bennet, desde la cubierta del *Inquirer.*

— ¡Al habla Bennet, al habla Bennet! ¿Qué diablos hacen los delfines del *Inquirer?* ¿Es que llenáis vuestro ocio pescando quisquillas?

—Aquí Hartman. Nada de quisquillas, profesor. Estamos sobre el fondo del anfiteatro y nadamos hacia la muralla. Permanezca a la escucha. Le iré dando cuenta de nuestros descubrimientos.

— ¡*Okay,* Larry! La manga de la succionadora del *Inquirer* está descendiendo hacia vosotros. Quedará suspendida a diez metros hasta recibir vuestras instrucciones.

—Muy bien, profesor. Seguimos adelante.

Hartman nadó decididamente hacia el centro, a tres metros sobre la arena que cubría el fondo.

Diez minutos después estaban sobre la prominente y desigual muralla rocosa.

Grandes bloques de dimensiones ciclópeas emergían sobre la arena.

Hartman acarició con sus manos desnudas aquellas piedras como para cerciorarse de que la tarde anterior no había sufrido una alucinación.

No. Lo que tocaba era piedra de cantería perfectamente tallada, aunque con las incrustaciones propias de un cuerpo sumergido por largo tiempo bajo las aguas del mar.

Hartman transmitió rápidamente a bordo datos sobre la situación y la manga succionadora descendió hasta rozar la arena.

Siguiendo sus instrucciones, Loman y Brown tomaron la manga y las máquinas comenzaron a succionar la arena.

Poco a poco, el muro fue quedando desnudo en una profundidad de metro y medio.

Hartman, que observaba muy de cerca la operación, alzó perentoriamente la mano y gritó a través de las ondas:

— ¡Alto, deteneos!

Las máquinas se detuvieron y la manga fue apartada por dos de los buceadores.

En pocos minutos, la arena se posó sobre el fondo y el agua volvió a ser transparente.

Larry se aproximó veloz a los bloques desnudos y examino con ansiedad las marcas grabadas sobre la roca.

Parpadeó estupefacto.

¿No eran caracteres semejantes a los empleados en los jeroglíficos egipcios lo que estaban contemplando sus ojos?

Incrédulo, palpó con sus dedos las profundas marcas sobre la piedra.

—Debe tratarse de una broma. Alguien trata de burlarse de nosotros —se dijo, disgustado.

Porque, ¿no era absurdo tropezar con jeroglíficos egipcios en un lugar próximo al litoral del estado de Florida?

Inmediatamente se puso en comunicación con el profesor Bennet y le informó de su hallazgo.

¿Se imagina la situación, Julius? ¡Jeroglíficos egipcios en la costa este de Estados Unidos! —comentó, despectivo.

Le sorprendió la apasionada respuesta de Bennet.

— ¿Y por qué no? ¿Ignoras acaso que el profesor Barry Feld ha demostrado recientemente que los europeos, armenios y egipcios exploraron América del Norte ochocientos años antes de Jesucristo? (1). En los escabrosos montes de New Hampshire, en Vermont, en Iowa y Oklahoma existen ruinas milenarias con inscripciones sobre piedra que lo prueban. Pero, en verdad, Larry, ¿has visto esas inscripciones jeroglíficas? ¿No me estarás gastando una broma pesada? —clamó el profesor, muy nervioso.

Larry sonrió tras el visor: Bennet era tan vehemente como un chiquillo de pocos años.

—En cualquier caso, la broma nos la estarían gastando a los dos, querido Julius —respondió—. ¡Lástima que no pueda descender hasta aquí, amigo mío! De tolas formas podrá comprobar nuestro descubrimiento a

1) Barry Feld, nacido en Nueva Zelanda y biólogo marino en la actualidad en la Universidad de Harvard.

través de la cámara de televisión que ha traído Ballard

Hizo una seña al buceador que permanecía a cierta distancia con la cámara de televisión en sus manos previno al profesor.

— ¡Atención, Julius! Ballard va a tomar un primer plano para usted. Aunque la luz es buena, encenderemos un par de reflectores portátiles.

Un momento después llegaba la respuesta del profesor Bennet.

— ¡Llamar engaño a eso! ¡Es un auténtico mensaje grabado en caracteres demóticos!

— ¿Está seguro? —se asombró Hartman.

—Voy a proponerte una prueba. Trata de desgajar ese bloque y lo subiremos a bordo. Mi amigo, el profesor Bab El-Burguib, de la Universidad de Columbia, es hombre que más sabe sobre escritura

antigua. Le pedir que venga hasta aquí, examinará esa piedra y saldremos de dudas

—explicó Bennet.

—Está bien. Vamos a intentarlo —accedió su socio.

Fue una operación muy laboriosa.

El voluminoso bloque resistió tozudamente al martillo neumático descendido poco después desde el *Inquirer* y también a las palancas utilizadas por Hartman y sus hombres hasta la extenuación.

Finalmente, fue preciso recurrir a los explosivos. Una cantidad suficiente de hidronita fue alojada en la fisura abierta por el martillo neumático y hecha estallar seguidamente.

El bloque perdió uno de los picos de sus aristas, pero el fragmento desgajado en nada alteraba la inscripción hecha sobre una de sus caras exteriores.

La tripulación del *Inquirer* se ocupó de izar el bloque hasta la cubierta del barco.

Hartman y sus hombres alcanzaron el *Inquirer* muy cerca de la puerta del sol, cuando ya sus balones de oxígeno habían llegado a vaciarse hasta límites peligrosos.

Sobre la cubierta del barco, el profesor Bennet danzaba con ridículos saltitos alrededor de la robusta piedra.

— ¡Estoy seguro, seguro, Larry! ¡Hemos hallado un interesantísimo vestigio del pasado! ¿Sabes una cosa?

Acabo de enviar un radiograma al profesor El-Burguib, con el ruego de que viaje urgentemente en avión hasta aquí. ¡Y mañana tendremos una respuesta concreta al respecto! Y bien, dime, ¿no crees que esto bien merece un brindis con el mejor champán? —gritaba agudamente.

Pero Larry estaba completamente extenuado y le rogó que tomasen rápidamente la lancha para trasladarse a tierra.

Tanto él como sus buceadores habían permanecido demasiado tiempo bajo el mar, excitados por el descubrimiento del anfiteatro. Y ahora todo su ser exigía un profundo y reparador descanso.

Llegados al hotel, Bennet se alejó hacia el bar para celebrarlo, mientras el resto del equipo se dirigía a sus habitaciones.

Cruzaba Hartman el vestíbulo de la primera planta, cuando alguien se interpuso ante él.

Era Sheila, que acababa de abandonar el bar de la terraza elevada.

— ¿Dónde va el gran aventurero? —preguntó con voz pastosa, echándole los brazos al cuello.

Pero Larry se libró de sus manos y la rechazó sin violencia.

—Has bebido, ¿eh? Está bien, diviértete. Ahora nece- sito descansar —respondió él.

Un rictus de ira cruzó el semblante de la bella mujer.

—Ajá. El gran hombre, el millonario, el chiflado de Larry Hartman, que sólo tiene tiempo para sus estúpidas aficiones arqueológicas, sin reparar en una bella mujer como Sheila Hays —bramó ella, despechada.

—Sheila, no tengo ganas de discutir...

— ¿Quieres saberlo? He pasado toda la tarde en compañía de Bob Curtís, un rico hacendado tejano. Y puedo jurarte que no me ha hecho ascos —insistió ardientemente la mujer.

—Está bien. Haz lo que te apetezca, pero déjame en paz —Hartman se esforzaba en conservar la serenidad

La indiferencia de que hacía gala el hombre hizo retroceder a Sheila con tanta contundencia como si acabasen de rechazarla de un bofetón.

— ¡Estúpido, engreído, fatuo...! —Gritó, ya perdido el control—. Hemm... Hemos terminado. Pero no quiero que te vayas así. Si crees que me habías conquistado por tu bella cara, te diré que sólo vine hacia ti por... dinero.

Larry se pasó una mano por la frente con ademán fatigado.

Y sonrió amargamente.

—Lo sabía desde el principio. Por eso abrí una cuenta bancaria a tu nombre por importe de cinco mil dólares. Soy un hombre adinerado y puedo pagar espléndidamente a las hetairas como tú —respondió.

La sutil ironía de las palabras de Hartman dejaron sin habla a la mujer. Larry aprovechó el momento para separarse de ella y alcanzar rápidamente el ascensor.

Mientras subía hacia sus habitaciones, recordó con amargura que durante unos días había comenzado a sentirse encariñado con Sheila Hays.

Algo indefinible en su actitud le había dado a entender a Larry que Sheila sólo era una aventurera de lujo. Pero, si alguna vez lo dudó, ahora tema la prueba irrefutable.

Llegado a sus habitaciones, se duchó y luego se dejó caer sobre el lecho.

Las sábanas estaban impregnadas aún del perfume de un cuerpo de mujer.

CAPITULO V

El rechoncho profesor Bennet retozaba alrededor de Hartman sin cesar de gesticular muy nervioso.

— ¡Vamos, vamos! Date prisa, Larry. El profesor El-Burguib debe estar impacientándose ya —exclamó inquieto.

Larry desenchufó la máquina de afeitar y entró en la ducha.

Minutos después, el profesor Bennet y él se trasladaban en

automóvil al aeropuerto de Orlando.

Bennet tenía razón. En una de las salas de espera, un delgado hombrecillo de facciones cetrinas paseaba impaciente de un extremo a otro.

En cuanto Bennet le vio, corrió hacia él y le abrazó impulsivamente.

— ¡Mi querido profesor! Siento tanto haberle hecho esperar... Pero, en fin, aquí estamos. Este es mi socio, Larry Hartman. El profesor Bab El-Burguib, Larry —hizo las presentaciones, veloz como un torbellino.

Larry estrechó las pequeñas manos del egipcio y murmuró unas palabras de salutación, aunque se sentía un tanto decepcionado por la insignificante apariencia física del mundialmente famoso criptólogo de la Universidad de Columbia.

Sin perder tiempo, los tres hombres se trasladaron hasta la playa y desde allí al *Ocean Inquirer* en la lancha del barco.

El pesado bloque ciclópeo había sido llevado al camarote del propio Hartman.

El profesor Bennet se abrió paso como un huracán a través de los tripulantes y buceadores y guió a El Burguib hasta allá.

Los ojillos del egipcio contemplaron con avidez el grisáceo bloque.

Tras los cristales de sus lentes sus pupilas se dilataron de asombro.

—¡Oh, oh, oh...! —exclamó por todo comentario, mientras palpaba la roca con la misma suavidad con que acariciaría a un bebé.

Hartman le vio extraer una lupa de una pequeña funda de ante y examinar el bloque con concentrada atención.

La frente del profesor El Burguib se cubrió de diminutas gotitas de sudor. Con infinita atención, sus ojos contemplaban los exóticos signos gráficos y sus labios se movían casi imperceptiblemente.

«Se diría... que está traduciendo ese incomprensible texto», pensó Hartman.

Transcurrieron unos angustiosos minutos.

Larry apenas podía percibir otro sonido que la contenida respiración de Julius Bennet, el cual sudaba también copiosamente, mientras seguía con toda atención los movimientos de El-Burguib.

Por fin, el egipcio se separó un tanto de la cuadrada roca y suspiró levemente.

—¿Qué...? —explotó Bennet.

—¿Qué...? —inquirió Hartman, casi al unísono.

—Es evidente. Mis... antepasados estuvieron aquí hace dos mil setecientos años, aproximadamente —declaró, solemne.

Larry se puso en pie, nervioso.

— ¿Sus antepasados? —exclamó—. ¿Quiere decir... los egipcios de la antigüedad?

El-Burguib asintió.

—Marinos mercantes procedentes del antiguo Port- Said llegaron aquí hacia el setecientos treinta antes de Cristo. Fundaron un pequeño puerto comercial y una ciudad-refugio de escasas dimensiones —declaró el egipcio muy seguro de sí mismo—. Pero hay algo...

— ¡Adelante, amigo míol —le animó Bennet a continuar.

—Bajo los datos que acabo de transcribir, con signos demóticos perfectamente cincelados, existe una inscripción posterior, mucho menos perfecta. Se diría que estos signos—señaló los rasgos de la base — fueron cincelados con urgencia. Y su significado...

— ¿Ha logrado descifrarlos? —indagó Larry ávida- mente.

—A ello iba a referirme —respondió El-Burguib—. La segunda inscripción dice literalmente:

> «Peligro. Los *funx* brotaron de las profundidades marinas y cayeron como una nube de diablos sobre nosotros. Algunos de ellos (compañeros míos) lograron huir en sus galeras... Todos los demás... muertos por los malignos *funx*... Yo mismo...»

Bennet respiró ruidosamente, dejando escapar el aire contenido en sus pulmones.

— ¡Es... es asombroso! Toda una impresionante y trágica historia que llega a nosotros después de dos mil setecientos años —murmuró, dominado por la más intensa emoción.

Pero Larry Hartman echó un jarro de agua fría sobre su entusiasmo al preguntar con incredulidad:

—Profesor El-Burguib, ¿está seguro de que no se trata de una estúpida inocentada, de una broma de mal gusto?

El egipcio se irguió, ofendido.

Y con deliberada frialdad, respondió mirándole fijamente:

—Señor Hartman: he dedicado cincuenta años de mi vida a la cristología, soy miembro de honor de las veinte Universidades más famosas del mundo... Humildemente, concedo que puedo equivocarme en alguna ocasión, pero no en ésta. Ya que advierto su incredulidad, le diré que para un estudioso sería difícil imitar los rasgos de la escritura demótica. Fíjese que le digo *los rasgos de la escritura*... Pero los giros lingüísticos, y las expresiones particulares de la lengua egipcia usada en mi país en esa época, eso sería absolutamente imposible, créalo.

Bennet se agitó, enfadado.

—Pero, ¡Larry! ¿Cómo se te ocurre poner en duda las palabras del profesor El-Burguib? ¿No te dije que es la máxima autoridad en lenguas arcaicas de todo el mundo? —reprochó.

Larry se sentía desconcertado.

—Lo... lo siento. No pretendía ofenderle, profesor —se disculpó con

nobleza—. Pero, compréndalo, ¡es todo tan asombroso! Esas expresiones... «Los funx *brotaron de las profundidades marinas...»*

El-Burguib sacó un pañuelo y limpió cuidadosamente los lentes.

—Le comprendo, señor Hartman. Aunque no lo demuestre, yo también me siento fascinado por el significado de este mensaje. Hay algunos vocablos incomprensibles... Como *funx*. Si bien la palabra está escrita en caracteres demóticos, su fonética no corresponde a ninguna de las diversas lenguas del antiguo Egipto.

Bennet gesticuló como un meridional.

—Es fascinante. *¡Funx!* ¿Qué pudo ser? ¿Una avalancha de leones marinos, de morsas, de monstruos marinos desconocidos, furiosos...? —exclamó.

—Anfibios, en cualquier caso —puntualizó Larry—.

0 mamíferos, capaces de respirar aire.

—No puedo encontrarle una explicación suficientemente lógica —murmuró el profesor El-Burguib, reflexivo—. Los marinos egipcios les llamaron *funx*... Si les habían dado un nombre específico, es indudable que habían visto a esos seres con anterioridad.

—Tal vez fueran humanos, piratas... Pero no —rectificó rápidamente Hartman—. Porque, ¿cómo se entendería entonces la expresión *«brotaron de las profundidades marinas...»?*

Los tres hombres contemplaron el gran bloque pétreo ensimismados, como si tratasen de desentrañar el misterio que latía en los rasgos jeroglíficos.

Durante unos minutos permanecieron en la misma actitud.

El profesor egipcio repasaba cuidadosamente las líneas de signos cincelados sobre la piedra. Bennet murmuraba algo entre dientes y Hartman los contemplaba a los dos, expectante.

Luego de repente, Larry se apartó de ellos y abandonó vertiginosamente el camarote.

Bennet, seguido del profesor El-Burguib, le alcanzó en la cubierta de popa.

— ¡Vamos, vamos, Larry!' ¿Qué mosca te ha picado? —gritó.

Pero su joven socio estaba reunido con los buceadores y parte de la tripulación.

Bennet no podía oír claramente sus palabras, pero, a juzgar por sus gestos, parecía claro que estaba impartiéndoles instrucciones.

Luego, Hartman vino hacia ellos y, mirando fijamente al egipcio, oprimió con fuerza sus manos.

—Le estoy muy agradecido, profesor El-Burguib. Crea que su ayuda ha sido decisiva para nuestro trabajo. Desde luego, pienso proseguir inmediatamente las excavaciones en esa ciudad sumergida. El profesor Bennet se encargará de gestionar su billete de avión, de sus

honorarios, de todo...

El-Burguib cuadró sus hombros inmediatamente.

—Señor Hartman, no he venido hasta aquí para aumentar mi cuenta bancaria. Vine porque me lo pidió mi viejo amigo Julius Bennet, al que me une una sincera y sólida amistad. Y también porque me sentía profundamente intrigado por su hallazgo. No pienso cobrarles un solo centavo. Sin embargo...

—Diga —le animó Larry, un poco cortado por el severo acento del egipcio.

—Solicité mis vacaciones anuales para venir aquí. Durante un mes puedo disponer de mi tiempo a mi capricho. Me..., ¿me permitirían gozar de ese tiempo en su compañía? —pronunció con suavidad.

Hartman plegó los labios en un gesto contrariado.

Sin embargo, Bennet le dirigió una penetrante mirada de reproche y Larry asintió, disimulando su contrariedad:

—De acuerdo, profesor. Puede quedarse.

Larry volvió inmediatamente hacia la cubierta de popa, donde el grupo de submarinistas disponía rápidamente su equipo.

Y el profesor Bennet le siguió apresuradamente con sus cómicos saltitos.

—¡Larry —gritó con su vocecilla aguda—. ¿Qué te propones?

Hartman se volvió y le miró, impaciente.

— ¿Qué puedo hacer? Ese hombrecillo, el profesor El- Burguib, ha despertado tan intensamente mi curiosidad que no podré descansar hasta limpiar de arena esas ruinas —respondió.

Reflexionó un instante y añadió:

— ¿Sabe una cosa, viejo amigo? Me propongo averiguar qué significaba exactamente la palabra *funx*.

CAPITULO VI

Los trabajos habían resultado cien veces más complicados de lo que Larry Hartman supusiera en un principio.

El enorme anfiteatro de mil metros de diámetro estaba cubierto en su fondo por diez metros de arena y lodo. Millones y millones de metros cúbicos de relleno que habría que elevar a la superficie y transportar a una milla de distancia, cuando menos.

Larry no se amilanó. En contra del consejo de su socio, el profesor Bennet, que prefería contratar los trabajos a una empresa especializada Hartman adquirió dos viejas dragas en Miami

Las dos embarcaciones eran desecho del puerto de Nueva York y fueron adquiridas por un precio ligeramente superior a su precio en chatarra, pero Larry contaba con un excelente maquinista a bordo del *Ocean ínquirer,* Joe Fresher, que en poco más de dos semanas puso a

las dos dragas en situación de funcionar satisfactoriamente.

De común acuerdo, Hartman y su socio, el profesor Bennet, procuraron rodear su trabajo de toda clase de precauciones. Ello era preciso para evitar aluviones de curiosos e informadores de prensa, radio y televisión, siempre ávidos de hallar la noticia de mayor impacto por el camino más fácil.

Larry tenía absoluta confianza en su grupo de bu- ceadores, auténticos profesionales de los que no podría filtrarse el menor comentario en tierra.

Todos ellos disimulaban al volver a la cubierta del *Ocean Inquirer* y mezclarse con el resto de los tripulantes. Por lo demás, Hartman era generoso al pagar a todos, a pesar de lo cual procuraba estar siempre atento para evitar el menor desliz.

¿Que buscaba con todo ello? Nada. O, es decir, mucho: satisfacer su innata curiosidad. Nada más y nada menos.

La actividad se sucedía a ritmo frenético en las cubiertas del *Ocean Inquirer.*

Los doce buzos se relevaban continuamente en el fondo del mar y las dos dragas vertían constantemente sus cargas de arena a suficiente distancia del lugar de operaciones, vaciando progresivamente el fondo del anfiteatro.

Sobre la cubierta de popa, ataviado con un multicolor sombrero hawaiano, el profesor Bennet bebía una jarra de fría cerveza tras otra.

Su inveterada afición por la cerveza fría debía ser sumamente contagiosa, pues incluso el profesor Bab El- Burguib, que había llegado al *Ocean Inquirer* siendo absolutamente abstemio, consumía ahora el dorado y espumoso líquido en cantidades considerables.

Larry observaba a menudo a los viejos profesores de Universidad, enfrascados en conversaciones científicas que no tenían fin.

—Es lógico que eligieran este lugar para fundar un puerto —decía el egipcio—. Si el mar descendiese doce metros, podríamos contemplar una bellísima y segura cala, protegida de vientos y tempestades por ese circo de enhiestas crestas rocosas. Un abrigo perfecto para las galeras egipcias y fenicias que llegaron hace casi tres milenios a esta costa atlántica.

A lo largo de muchos días de convivencia, Larry Hartman pudo comprobar la sabiduría de aquel hombrecillo pequeño y delgado de facciones oscuras.

Entretanto, la labor conjunta de las dos dragas y la manga succionadora instalada a bordo del *Ocean Inquirer,* había puesto al descubierto las viejas construcciones submarinas unos tres metros.

Era una tarde de mayo.

A las tres de la tarde, Hartman se lanzó al agua seguido por Ballard, Loman, Ed Tyler y Don Jones.

El agua no era tan clara como en otras ocasiones, debido a la acción de las dragas que alzaban del fondo marino el finísimo lodo orgánico depositado a lo largo de milenios.

Los cinco buceadores rodearon el lugar donde trabajaban las dragas y alcanzaron las oscuras ruinas.

Tras una detenida inspección de un largo muro diseñado en línea quebrada, Hartman descubrió una entrada cuadrada, semejante al quicio de una puerta.

Hizo una seña a Ballard, que llegó junto a él portando un potente foco eléctrico.

Juntos otearon el interior profusamente iluminado por el foco. Hartman fue el primero en penetrar por aquella abertura.

Se encontraban en mitad de tina habitación de reducidas dimensiones. Una cuadrada oquedad en el muro del fondo recordaba vagamente una alacena convencional.

A la izquierda se abría una entrada, parcialmente obturada por las concreciones calcáreas.

Larry las rompió fácilmente sirviéndose de un bastón eléctrico para ahuyentar tiburones, hizo una señal a Ballard para que aproximara e1 foco y penetró a través del rectángulo.

Nadaron lentamente por un pasillo de unos cinco metros de longitud. Y de repente se encontraron en una gran pieza rectangular.

Ballard abrió desmesuradamente los ojos bajo su visor al contemplar el pavoroso panorama: el piso estaba cubierto por más de tina veintena de calaveras y otras piezas de esqueletos humanos.

Larry examinó, impávido, la pieza, y comprobando que no disponía de otra salida, los dos hombres volvieron atrás.

Hartman apenas podía disimular su entusiasmo: El- Burguib no se había equivocado.

Bastaba examinar viejas piezas de cerámicas y los utensilios metálicos, principalmente de cobre, que había por doquier, para convencerse de que habían dado con un antiquísimo yacimiento arqueológico.

En el exterior, Tyler y Jones manejaban la manga succionadora del *Ocean* en mitad de la espesa nube de lodo que flotaba sobre las aguas.

Fue entonces cuando Hartman vio el reflejo plateado sobre sus cabezas.

Algo que se movía con tanta velocidad como un torpedo surgió de entre la nube de lodo y se abatió sobre la mancha violeta de los balones de oxígeno que correspondían a Don Jones.

Larry pudo ver claramente, entonces, al tiburón.

Era un ejemplar formidable, de unos ocho metros de longitud.

La sorpresa paralizó por un momento a los dos hombres.

Arriba, sobre la cúspide del viejo muro pétreo, había dos fusiles submarinos muy eficaces.

Pero Larry comprendió desde el primer instante que jamás tendría tiempo para desplazarse hasta ellos y utilizarlos.

Entonces sucedió algo que le dejó sobrecogido de espanto: de entre la bruma fangosa brotó una pierna humana tan limpiamente seccionada como si hubiera sido cortada por una guillotina.

Un tinte rojizo intenso coloreó las aguas del anfiteatro submarino.

Sin pensarlo, locamente, Larry Hartman sacó su bastón eléctrico de la cintura y nadó hacia el torbellino.

Las aguas rojizas nublaron su visión. Un poco *más* allá pudo entrever el tronco seccionado del desgraciado Jones...

Angustiado, rabioso, Larry nadó con fuerza para abrirse paso entre la bruma.

De repente, la visión se ofreció claramente ante él.

El tiburón, aquella magnífica bestia de formas acua- dinámicas y poderosas fauces, se agitaba a diez metros sobre la arena, engullendo vorazmente unos ensangrentados pingajos.

El espanto y las náuseas inmovilizaron a Hartman.

Y en aquel momento, el tiburón se volvió con un potente coletazo y cargó hacia él.

Algo que chocó contra la espalda de Larry, le obligó a volverse de un respingo, los nervios a flor de piel.

La manga metálica de la succionadora culebreaba al azar sobre la arena, libre de todo control manual.

Larry giró el cuello.

Apenas tuvo tiempo de percibir el formidable morro del tiburón desplazándose hacia él a una velocidad vertiginosa, con las horribles mandíbulas pobladas de brillantes y agudos colmillos mortíferos.

Incapaz de cualquier reacción, Larry aguardó inmóvil.

Nunca podría explicarse cómo fue capaz de tal acción. Lo cierto es que había tomado entre sus manos la manguera de succión y..., cuando vio entreabrirse las colosales mandíbulas del tiburón, Larry trató de escudarse en la gruesa serpiente metálica.

Sus oídos pudieron percibir claramente el horrísono crujido de los colmillos del escualo al clavarse profundamente en el articulado conducto.

La bestia rebulló a su alrededor seguidamente, elevando una densa nube de lodo.

Bruscamente, Larry se sintió desplazado de la manga.

Fue a respirar ansiosamente, pues sentía un horrible escozor que recorría toda su espalda y... sus pulmones se llenaron de agua.

« ¡Ha... ha roto los conductos de oxígeno...!», pensó, desesperado.

Tosió con un esfuerzo, empleando la técnica que había aprendido

de los más experimentados buceadores y consiguió arrojar el agua que llenaba su árbol respiratorio.

Luego, de forma refleja, taloneó hacia arriba y se sintió ascender.

Sus sienes latían dolorosamente y sus pulmones reclamaban angustiosamente oxígeno. Pero la superficie de mar parecía inalcanzable.

Cerró los ojos.

«Voy a morir», pensó.

Si las dentelladas del tiburón no le alcanzaban en su ascensión, sería la asfixia. Y si no, el exceso de presión descompensada.

De repente, el aire fresco y puro rozó su frente.

Larry sintió entonces como si una nube roja estallase en su cerebro.

Antes de perder el conocimiento aún pudo percibir que unos dedos aferraban su brazo y le izaban, potentes, hacia la escalerilla metálica.

CAPITULO VII

Un sacerdote católico pronunciaba fervorosamente unas frases en latín.

A poca distancia de la sepultura abierta en la húmeda tierra, Larry Hartman permanecía en actitud rígida con los brazos cruzados sobre el pecho y los párpados entornados

—...Pulvis erit et in pulvere reverteris... —pronunciaban los labios del joven sacerdote.

¿En polvo?

No, probablemente, el desdichado Don Jones no se convertiría directamente en polvo.

Los buceadores del Ocean apenas habían podido rescatar unos pocos pingajos de su joven cuerpo, una vez ahuyentada la bestia carnicera que lo había destrozado en escasos segundos.

Jones era joven, soltero, apenas había cumplido los veintiséis años.

Sus padres, enlutados, lloraban silenciosamente junto al féretro, excesivamente grande para albergar tan escasos restos humanos.

Larry sentía un leve escozor en los ojos.

¿Lágrimas?

¡No, no, nada de eso! De nada servirían ahora las lágrimas.

Se sintió confortado al recordar que aquella misma mañana había abierto una cuenta en el banco a nombre de los padres de Don Jones.

Había sido generoso: les había donado cien mil dólares, aparte de la cantidad que una empresa de seguros les entregaría como indemnización.

Pero... Larry era consciente de que el dinero, la abundancia económica, sería impotente para devolver al matrimonio Jones aquel

hijo joven, sano, alegre y lleno de vida que acababan de perder.

Entreabrió los párpados.

No asistían muchas personas al entierro. Apenas los familiares del pobre Don, unos amigos, los tripulantes del Ocean Inquirer y el equipo de buceadores, el profesor El-Burguib, Julius Bennet...

Un leve sollozo llegó a sus oídos.

Larry giró el cuello y vio a la jovencita que se secaba las lágrimas con un pañuelo a pocos pasos de él.

La reconoció en seguida.

¿Cómo no? Aquel cuerpo juvenil, perfecto, leve... Aquellos cabellos castaños y sedosos flotando al viento...

Era la chica de la playa, aquella que tomaba el sol semidesnuda junto al tipo bigotudo y muy moreno, semanas atrás.

Era preciosa. En escorzo, presentaba un perfil puro y limpio como el de una diosa.

Tenía unas manos muy finas, menudas, que aleteaban como mariposas alrededor de su rostro.

Un hombre tan sensible a la belleza como Larry Hartman se sintió inmediatamente interesado por aquella mujer.

No sólo era su hermosura lo que le atraía. El desconsuelo, la intensa pena que ella demostraba le intrigaban profundamente.

Disimuladamente, fue acercándose hasta el lugar que ocupaba la jovencita, discretamente alejada de la tumba que iba a recibir los restos de Don Jones.

Ella le miró fugazmente al escuchar el crujido de los zapatos del hombre sobre la amarillenta gravilla.

Larry carraspeó levemente y preguntó en un susurro:

— ¿Le conocía?

La expresión de la mujer se turbó. Y nuevos sollozos vinieron a agitar sus delgados hombros.

Audaz, Larry posó su mano derecha sobre ellos y los oprimió suavemente.

—Cálmese, por favor —rogó. Y tornó a preguntar—¿Le conocía? ¿Conocía a Don Jones?

Ella se serenó un tanto y le miró.

Sus ojos castaños estaban cuajados de lágrimas y párpados rojizos estaban abultados por el llanto.

—-Sali... Salimos varias veces. Era un gran muchacho... ¡Tan vigoroso, alegre y cordial! —murmuro —... creo que llegué a quererle.

Larry parpadeó.

¿Don Jones tenía una novia? Cierto que Don divertía de cuando en cuando como cualquier hombre joven y saludable, pero Hartman jamás le habían oído hablar de una novia.

«Y ¿por qué no?», se dijo, al cabo.

Bajo su mano, los hombros de la guapa jovencita vibraban.

—Soy Larry Hartman —se presentó él—. Soy..., era el patrón de Don Jones.

—Sí. Le he visto alguna vez en el hotel... Don - Bueno, hablaba muy bien de usted. Quiero decir que le consideraba un jefe excepcional. Pero era muy reservado en ese aspecto. Jamás quería hablar acerca de su trabajo como buceador.

«Un hombre leal, el pobre Don», se dijo Larry. Pero sus labios preguntaron:

— ¿Trabaja aquí? No me ha dicho su nombre.

— ¡Ah, perdone! Lo siento. Me llamo Jenny Wilson Y sí, trabajo en Orlando, aunque ahora estaba disfrutando de mis vacaciones. Desde luego, a partir de ahora...

Calló.

Y Larry no hizo nada por alargar la conversación Suavemente retiró su mano y permaneció a un paso de distancia.

Por lo demás, el féretro había sido descendido ya a la fosa y dos sepultureros parecían a punto de rellenar el hueco con tierra húmeda.

Una por una todas las personas que asistían al fúnebre acto desfilaron ante los apenados Jones para manifestarles su pesar.

Larry y Jenny Wilson fueron los últimos en acercarse al matrimonio. Un momento antes, Hartman susurro al oído de la joven:

—Si se encuentra en algún problema, no dude en acudir a mí. Me interesan todas las personas que se relacionaron con Don Jones.

Los párpados de Jenny aletearon, trémulos.

—Gracias, señor Hartman.

Luego, Harry cambió unas palabras con los Jones y abandonó a pie el camposanto.

Dificultosamente, el rechoncho profesor Bennet logró darle alcance.

En silencio, caminaron con las manos a la espalda camino del hotel.

—Larry... —dijo Julius.

— ¿Sí? —murmuró, distraído, Hartman. —Creo... Pienso... Bueno, ¿qué te parece si dejamos el asunto?

— ¿Qué asunto?

— ¿Qué puede ser, sino la excavación del maldito anfiteatro submarino?

—Ah, eso. ¿Pero por qué?

Bennet detuvo a Hartman por un brazo.

—Larry, un hombre joven ha muerto. Don Jones ha encontrado una horrible muerte allá abajo —invocó el viejo profesor.

Larry le miró conmiserativo. Alguien le había contado que Bennet

se había desmayado sobre cubierta al contemplar los escasos restos humanos rescatados del fondo del mar.

—Mi amigo, el profesor El-Burguib, es de mi misma opinión. No quiero que tomes el asunto a broma, Larry: el egipcio dice que no le gusta eso. Anoche se confió a mí: cree que sobre ese maldito hoyo pesa una terrible maldición —declaró, tímidamente, Julius.

Larry quiso sonreír despectivamente. Pero su estado de ánimo no estaba para sarcasmos.

De todas formas, tenía una idea fija. Y la expuso.

—Pese a todo, proseguiremos las excavaciones —aseguró. Y se detuvo y aferró por un hombro al obeso profesor—. ¿Es que no lo comprende, Julius? Los dos hemos recorrido los mares buscando, ¿qué...? La aventura, el misterio, porque poseemos el ansia de desentrañar todo lo misterioso, lo que entraña un enigma, lo que no tiene explicación. No, no voy a volverme atrás: no me detendré hasta dejar esas ruinas a la vista y desentrañar su secreto.

—Yo puedo comprenderte, Larry. Dejé la Universidad por viajar junto a ti. Muchos imaginan que sólo nos mueve la ambición. Que se equivoquen completamente me tiene sin cuidado. Pero... temo por ti, por nuestros hombres —dijo Bennet.

Jamás le había visto Larry tan serio. Bennet, que era pura chispa, un hombre divertido, entusiasta, bro- mista, jovial, ahora parecía embargado por la severidad y el recelo.

—¡ Vamos, Julius! —trató de animarle Hartman—. No debe hacer mucho caso a su amigo egipcio. Ya sabe que todos los árabes suelen ser supersticiosos y viven en un mundo fantástico de raras creencias y tradiciones. Pero usted es un hombre de ciencia, un individuo práctico y razonable.

Bennet movió la cabeza, pesimista.

—Veo que no poseo capacidad dialéctica suficiente para convencerle, Larry. Seguiremos adelante, si así lo has decidido. Pero tú mismo estuviste a punto de morir, recuérdalo. Seis horas en la cámara de descompresión e incluso así alcanzaste un estado de gravedad crítico. ¡Sí, sí, ya lo sé, eres un tipo muy fuerte y resististe! Pero los tiburones pueden volver y...

Larry pareció súbitamente animado.

—He pensado en ello, Julius —exclamó, un tanto excitado—. Desde luego, no pienso exponer a mis hombres a nuevos riesgos. De modo que vamos a poner todos los medios para asegurar que no vuelva a ocurrir ningún imprevisto.

Las palabras de Hartman tuvieron también la virtud de animar un tanto al viejo profesor.

— ¿Qué es lo que has imaginado? —preguntó.

—Vamos a cerrar la grieta. Es el único lugar por el que pueden

penetrar en el coso los animales del volumen de un tiburón peligroso —declaró el joven.

—Eso nos va a costar una respetable cantidad de dinero...

— ¡No me importa el dinero! Además, voy a diseñar una jaula suficientemente resistente para proteger a los

hombres que trabajen abajo. ¿Le parecen suficientes precauciones, profesor?

Bennet asintió, tranquilizado.

—De todas formas, esos trabajos nos llevarán algún tiempo —dijo.

—En una semana tendremos todo a punto —aseguró Larry.

Se separaron al llegar al hotel.

La tarde era bochornosa y Larry subió a sus habitaciones, se duchó y descansó un rato.

Hora y media después le despertó el zumbador de la puerta. Rápidamente se puso un batín sobre su desnudo cuerpo y abrió la puerta

En el pasillo estaba Ed Tyler. Presentaba un aspecto muy poco cuidado, en contra de su costumbre.

Ahora estaba despeinado, su rostro estaba grasiento de sudor, tema los ojos enrojecidos y la camisa manchada... probablemente de licor.

—Pasa, Ed —invitó, intrigado—. ¿De qué se trata?

Tyler entró, tambaleante. Dio un traspié y estuvo a punto de caer, por lo que Larry corrió hacia él para sujetarle.

—¡Ed, Ed, estás borracho! —le reprochó—. Y mañana tendremos trabajo de sobra. Será preciso prescindir de ti.

Ed lanzó un sonoro eructo.

—Haga lo que quiera —respondió con brusquedad—. De todas formas, yo sólo he subido para..., ¡hip!, infor- marle de lo que vi allá abajo.

— ¿De lo que viste allá abajo? —preguntó Hartman, fruncidas las cejas de estupor.

—A nadie hablé de ello —siguió el buceador sin escucharle—. Ed Tyler sabe ser discreto. Pero ahora, debo hablar.

Larry le llevó hasta un diván.

—Siéntate, Ed. Vamos, serénate. Te traeré un refresco. ..

—Gracias, no quiero refrescos. Sólo quiero hablarle. Y después, largarme —habló estropajosamente el buceador.

Hartman se sentó frente a él.

—Está bien, habla. Dime lo que sea —invitó.

Tyler se echo a llorar inesperadamente.

—Todavía..., ¡hip!, me parece estar viendo a aquella horrible bestia despedazando el cuerpo del pobre Don.. ¿Usted no lo vio? El tipo aquel que cabalgaba sobre el lomo del tiburón era... hor... horrible,

créame —gimió.

—¿De qué hablas, Ed? —preguntó su patrón, estupefacto.

—No lo vio, ¿eh? Lo suponía. Pero yo estaba manejando la succionadora y lo vi todo per… perfectamente. Sobre el lomo de la bestia cabalgaba aquel repelente tipo. Debía ser un buceador, pero… Es curioso, ahora que lo recuerdo Su traje… su traje no era de goma como es habitual en un buceador, Era… era de color verdoso, con escamas ¡Y aquella horrible cabezota de ojos rojizos…!

Hartman movió la cabeza con ojos comprensivos.

Imaginaba que el pesar por la muerte de su compañero Jones había impulsado a beber a Tyler.

Hay que tener en cuenta que los buceadores suelen ser deportistas escrupulosos y cuidan bien su estado físico para poder realizar su trabajo bajo las aguas con la deseable seguridad.

Tyler había bebido más de la cuenta y el alcohol había alterado su equilibrio psíquico hasta desbordar su fantasía.

Porque, ¿qué otra cosa que un cuento fantástico podía ser lo que Ed le estaba narrando?

—Está bien, Ed. Ve a descansar. Has bebido demasiado. Tú no estás acostumbrado y…

Tyler se alzó bruscamente de su asiento.

— ¿Es que no me cree? —gritó—. ¡Yo lo vi con mis ojos, vi al repugnante individuo que dirigía los movimientos del escualo!

Larry sonrió a su pesar.

¡Un tipo montado sobre el lomo de un tiburón y dirigiendo al animal hacia sus víctimas…!

Trató de echarlo a broma.

Pero Ed se había abalanzado sobre la mesa de los licores y bebía como un energúmeno de la primera botella que encontró a mano.

Larry logró arrebatarle la botella de ginebra cuando ya el buceador había tragado la mitad de su contenido. El licor se derramó y manchó el batín de Hartman, que pronunció entre dientes una seca maldición.

Tyler, absolutamente ebrio ya, se bamboleó y cayó pesadamente a tierra.

Y allí, entre estertorosos hipidos gaseosos, siguió murmurando:

—Aunque…, ¡es extraño! Ahora que lo recuerdo…, el tipo que guiaba al tiburón no llevaba a su espalda ningún equipo de inmersión. Me pregunto…, me pregunto… ¿cómo podía respirar bajo el mar, a cuarenta metros por debajo de la superficie, sin un solo balón de oxígeno?

Larry le miró un momento, indeciso.

Luego fue hasta la entrada y oprimió uno de los pulsadores del cuadro de avisos.

Dos camareros penetraron en su habitación poco después.

Larry señaló al caído.
—Es uno de mis hombres —indicó—. Está borracho. Por favor, llévenle a su habitación y ocúpense de él.
—En seguida, señor Hartman —respondió uno de los dos jóvenes.
Tomaron al buceador por debajo de los hombros y lo pusieron fácilmente en pie.
Ya le llevaban en volandas hacia la puerta, cuando Hartman sacó unos billetes y los introdujo en el bolsillo de la chaqueta de uno de los camareros.
—Sean discretos, por favor. Se trata de un buen amigo —recomendó.
—Descuide, señor Hartman. Le bajaremos en el montacargas —le respondieron.
Un momento después quedaba solo en su suite.
Durante unos instantes, Larry permaneció inmóvil, junto a la puerta.
Lanzó una carcajada y encendió un cigarrillo.
— ¡Un tipo que cabalgaba sobre el lomo de un tiburón!
—exclamo, burlón.
Pero la sonrisa se borró de sus labios.
Ed Tyler no era un visionario. Todo lo contrario: Larry le había contratado precisamente por su carácter entero y práctico.
Decidió que lo mejor era descansar hasta el día siguiente. Pero un momento después apagaba bruscamente el cigarrillo sobre un cenicero de cristal y se vestía ante el espejo.
Se sentía muy inquieto y estaba seguro de que el sueño no vendría a él hasta altas horas de la noche.
Tal vez encontraría en el bar del hotel al profesor Bennet y a su amigo El-Burguib: una buena conversa- ción podría tranquilizarle.
Abandonó sus habitaciones y descendió hasta el bar No encontró a los dos científicos.
En un recodo de la espaciosa estancia, Jenny Wil- son lloriqueaba de bruces sobre una mesa, mientras un tipo calvo y obeso trataba inútilmente de consolarla con sus lascivos abrazos

CAPITULO VIII

— ¡Vamos vamos, pequeña! ¿A qué viene esa repentina aflicción? —balbució torpemente el gordo.
—Váyase —ordenó Larry Hartman. Y tomó al hombre por un hombro para separarlo de la mujer.
El gordito se rebulló, ofendido.
— ¡Eeeeh! ¿Qué diablos hace, compañero? Esa mujer...
Pero el hombrecillo obeso giró el cuello y vio al corpulento

Hartman, erguido ante él.

Calculó que el atlético joven de rubios cabellos rebeldes que tenía enfrente le superaba en unos treinta centímetros de estatura. Y advirtió el brillo metálico de los claros ojos azules, que rezumaban fría determinación.

Y optó por apartar sus manos de Jenny Wilson y alelarse prestamente hacia la barra con el fin de consolarse con un doble whisky helado.

Entretanto, Larry se dejó caer sobre un sillón frente a la jovencita.

Jenny seguía estremeciéndose en sollozos, oculto su rostro sobre el fresco mármol de la mesa.

—Vamos, cálmese —recomendó Hartman—. Ese tipo se fue ya. ¿Puedo..., puedo ayudarla en algo?

Jenny alzó el rostro. Larry escrutó con cierta ansiedad sus facciones y comprobó que la barbilla femenina temblaba de pura congoja.

Larry se sintió ganado por la ternura.

Sacó un pañuelo, lo ofreció a Jenny y oprimió una de sus frías manos.

—Animo. Comprendo su pena, pero debe imponerse a sus sentimientos. Usted es joven y bella. ¡Tiene tanta vida ante si...! —exclamó con calor.

Poco a poco la mujer fue calmándose. Parecía muy necesitada de ayuda y abandono sus manos entre las del hombre, agradecida.

—Eso está mejor —aprobó Larry—. Así... Podríamos tomar una copa. Sí, creo que a los dos nos esta naciendo falta. Pero no creo que este ambiente ruidoso y superficial sea el mejor para los dos. La llevaré a mi habitación. Allí podrá desahogarse conmigo, Jenny. Hablaremos de Don, si lo prefiere. No, no tema —se apresuró a decir, advirtiendo la rígida actitud de ella—. No pretendo una aventura galante. Créame, esta noche... también yo necesito la compañía de alguien que sepa comprender mis sentimientos. ¿Vamos? Jenny se puso en pie y se dejó llevar. Larry la sintió temblar entre sus brazos cuando abandonaron el ascensor y caminaron a lo largo del pasillo.

La oprimió levemente entre sus brazos. ¡Jenny parecía tan débil y desvalida...!

De los sedosos cabellos brotaba un perfume sutil, hondo, que obligó al hombre a respirar profundamente.

Luego penetraron en la suite prietamente enlazados. Larry dejó a la jovencita en el diván, preparó dos whiskys y volvió junto a ella. Los cojines estaban sobre el parquet y Larry los puso en su lugar.

Recordó inmediatamente a Ed Tyler, sus palabras locas...

«...Me parece estar viendo a aquella horrible bestia, despedazando el cuerpo del pobre Don...»

«...el tipo que cabalgaba sobre el lomo del tiburón era... horrible...»

«...Es curioso, abona que lo recuerdo... ¡Su traje no era de goma... ¡Era., de color verdoso, con escamas!» , *«...y aquella horrible cabezota de ojos rojizos!...»*

Larry trató de alejar aquellos pensamientos de su mente, para fijar toda su atención en la preciosa jovencita que tenia a su lado.

Puso en manos de Jenny uno de los vasos y pronunció solemnemente:

—La muerte es detestable. Brindemos por nosotros y... por la vida. Bebieron.

Larry trasegaba un vaso de licor tras otro, ansioso de olvidar la muerte de Don Jones y las fantasías de Ed Tyler.

Jenny parecía más animada y bebía también, alegremente.

Luego Larry se sentó a su lado y la acarició. Pero ella se apartó prestamente de su lado. —¡Señor Hartman! —clamó, dolorida—. ¿No irá a pensar que...?

—No quiero pensar nada —respondió él con voz ronca—. A los dos nos interesa olvidar por igual. Y... no puedo permanecer indiferente ante tu presencia, Jenny, por más que me lo proponga. Anhelo la esencia de tus cabellos. Y el finísimo roce de tu piel...

Bruscamente, Larry la tomó por la cintura, la atrapo hacia así y la besó ardientemente en los labios.

Esperaba que ella se resistiese, que gritara, que se rebelase con violencia...

Cierto que, en principio, ella rigidizó sus músculos. Pero luego toda resistencia cedió y Jenny se abandonó entre los brazos del hombre.

* * *

Hartman despertó bruscamente al amanecer.

Sentía los efectos demoledores de la resaca, pero sus brazos se extendieron de forma inconsciente sobre las finas sábanas para estrechar un cuerpo...

—-¡Jenny! —murmuró.

Y súbitamente comprendió que ella había huido.

Registró el baño y la gran sala de estar de la *suite,* pero no halló a la jovencita.

Perezosamente se dejó caer de nuevo sobre el lecho. Las sábanas estaban impregnadas aún del sutil perfume que exhalaban los cabellos de Jenny.

Larry se alzó bruscamente de la cama y penetró en el baño.

Una prolongada ducha fría le devolvió un poco de su cordura habitual.

Se vistió y bajó al vestíbulo. Sus ojos, de forma in- consciente, esperaban hallar la esbelta silueta de Jenny Wilson.

Apenas podía disimular su ansiedad cuando preguntó al conserje el número de la habitación de la señorita Wilson.

—Se marchó, señor Hartman —le informaron—. Liquidó la cuenta muy de mañana y pidió un taxi. Eso es cuanto sé.

Ya se disponía a seguir la pista de la mujer, cuando Julius Bennet, muy madrugador, llegó junto a él.

— ¡Ah, Larry! Celebro encontrarle. Así podremos desayunar juntos... —exclamó el profesor, acercándose.

Larry le maldijo mentalmente. Pero se dejó arrastrar al comedor sin oponer resistencia.

Bennet, con su verbosa y rápida charla, alejó sus pensamientos.

Había que volver al anfiteatro submarino donde le aguardaba un riquísimo yacimiento arqueológico, era preciso reemprender los trabajos, ocuparse de la seguridad de sus buceadores...

Poco después, Bennet y Hartman se ponían de acuerdo con una empresa de construcciones metálicas.

—Puede estar seguro, señor Hartman —le aseguraron en el taller—. Mis empleados tendrán terminado su encargo en cuarenta y ocho horas.

A Larry, el plazo le parecía excesivo, pero Bennet le convenció de que en ningún lugar le atenderían tan prestamente.

Dos días después, las sólidas rejas tubulares estaban listas.

Las dragas cargaron las diferentes secciones en el puerto más cercano y se hicieron a la mar en dirección a Cayo Calavera.

A bordo del *Ocean Inquirer,* el equipo de buceadores no parecía muy dispuesto a continuar los trabajos en los tenebrosos fondos del anfiteatro submarino.

Larry los observó sin impacientarse. Los hombres se reunían, esquivos, a proa y murmuraban entre ellos,

mientras Bennet y el egipcio movían la cabeza, despectivos.

—Tienen miedo —pronunció Bennet—. No creo que logres convencerlos. Hártman no dijo nada. Se limitó a dar sus instrucciones a los tripulantes y al capitán Glade. Luego, a la vista de todos, se desnudó y comenzó a disponer su equipo de submarinista. Los buceadores le observaban en silencio, inexpresivos.

Luego, Larry Hartman se adaptó el visor y descendió por la escalerilla metálica adosada a babor del barco y se zambulló.

Pete Loman se volvió hacia sus compañeros y gritó, violentamente:

— ¿Qué diablos esperamos para comenzar nuestro trabajo? ¿0 es que nos pagan para ver cómo se sumerge el patrón?

Uno por uno, los buceadores fueron tomando sus equipos y siguieron a Loman hasta el fondo del mar.

El estupor se reflejó en las cetrinas facciones de Brad Sheldon.

En verdad, no podía creer lo que sus oídos acababan de escuchar.

—No quiero seguir con esto —había dicho Jenny.

¡Inconcebible!

La jovencita, que la tarde anterior había regresado del cementerio llena de triunfal seguridad, se negaba ahora a llevar adelante la más importante operación que Fred se hubiera atrevido jamás a imaginar.

El dinero estaba en sus manos prácticamente. Y ahora...

—Repítelo —exigió, incrédulo.

Jenny se retorció nerviosamente las manos,

—No puedo seguir adelante —respondió.

Brad apuró de un trago el contenido de su vaso.

Y el licor le supo desacostumbradamente agrio.

—Pero ¿cómo? ¿Quieres decir que vas a arrojarlo todo por la borda? —gritó—. ¡No seas estúpida! Tú sabes que he gastado mas de tres mil dólares en esto.

—Te devolveré el dinero de mi estancia en el hotel. No sé cómo, pero conseguiré el dinero, trabajaré...

— ¡Trabajaré! —repitió Sheldon, vibrante de ira y desprecio—. No tienes talento, tú lo sabes. Apenas conseguiste filmar unos spots publicitarios, posar para una revista escandalosa. Pero, convéncete, no eres una actriz. Careces de preparación, de gracia, de profesionalidad... Has fracasado rotundamente en todo, no puedes negarlo. Conmigo hubieras conseguido, al menos, suficiente dinero para asegurarte una vida cómoda, incluso lujosa...

Jenny le oía sin mirarle, imaginaba que la furia de Brad iba a desatarse, pero estaba dispuesta a mantener su postura por encima de todo.

—Vamos, vamos, pequeña. Tú eres razonable reca- pacitarás. Y comprenderás que sólo junto al viejo Brad encontrarás lo que necesitas. Recuerda nuestros planes: hoteles lujosos, coches caros, vestidos, aventuras...

Brad tomó a Jenny por la barbilla y la obligó a girar violentamente.

Miró al fondo de sus ojos y comprendió que había fracasado con aquella jovencita.

Ella estaba firmemente decidida a abandonarle a hacer fracasar sus planes.

Súbitamente se desató la cólera en el pecho del hombre.

De un feroz bofetón arrojó a Jenny al suelo.

Luego, rechinando los dientes, se arrojó sobre ella, la alzó del suelo de un salvaje empellón y continuó] golpeándola fría y sistemáticamente.

CAPITULO IX

Larry se sentía satisfecho.

Desde el fondo del mar podía contemplar la reja metálica que cerraba la grieta en «V» hasta la superficie.

Las secciones tubulares habían quedado firmemente sujetas a la roca y cerraban por completo al sumergido atolón rocoso.

A quinientos metros de aquel lugar, en el centro geométrico del coso, trabajaban los buzos alrededor del yacimiento arqueológico.

No había nada que temer: una jaula de tubos metálicos les protegía del poco probable ataque de cualquier bestia marina.

_La jaula medía diez metros por quince y una altura de seis metros. Se sustentaba sobre apoyos elásticos de aire comprimido, lo cual permitía adaptar la base a las irregularidades de las ruinas, que iban progresivamente quedando visibles.

Hartman inspeccionó cuidadosamente los anclajes de la reja metálica a la roca.

Era un bello día del mes de junio.

El sol brillaba en lo alto y la visibilidad era buena. Al otro lado de la reja cruzó la multicolor mancha de un cardumen de peces ángeles y Larry los siguió con la vista hasta que desaparecieron entre las preciosas formaciones de coral rojo.

Apenas había transcurrido una semana de la atroz muerte de Don Jones, pero la tragedia parecía ya muy lejana.

Durante aquellos días, Larry había recordado incesantemente a Jenny Wilson.

Al principio había abrigado la esperanza de volver a encontrarla, pero los días pasaron y Jenny no volvió a aparecer.

La añoraba a su pesar.

A su pesar... porque Larry Hartman se había cuidado durante largos años de no complicarse sentimentalmente con ninguna mujer.

Las mujeres... Unos seres bellos y atractivos, capaces de hacer feliz la vida de cualquier hombre, con la condición de que la relación con cada una de ellas fuese fugaz, inconsciente.

Pero Jenny Wilson... era otra cosa. Había bastado una noche para que Larry Hartman se sintiese —por causa de ella— inquieto y ansioso.

Larry se esforzaba en llenar todas las horas del día con sus trabajos en el mar, de forma que su pensamiento estuviese ocupado en aquellas tareas que le obsesionaban.

Pero era necesario descansar. Y cuando llegaba la noche, Larry solía permanecer largo rato despierto, evocando la silueta delicada de Jenny Wilson.

Se encontraba a unos metros de profundidad comprobando los

anclajes de la reja, cuando distinguió a unos cuarenta metros una mancha amarilla.

«Loman», se dijo Larry, reconociendo el color de los balones de oxígeno del muchacho negro.

— ¿Ocurre algo, Pete? —preguntó a través de la radio.

—Hemos descubierto algo —respondió Loman—. La manga de succión estaba engullendo arena y fango, cuando vimos surgir unas burbujas. Ballard quiere que venga usted, patrón.

—Vamos allá —dijo Larry.

Y nadó rápidamente hasta emparejarse con Pete.

Minutos después estaban sobre el yacimiento.

La «muralla» o muro pétreo se extendía ya a lo largo de ochenta metros de dirección a la grieta o antigua bocana del puerto sumergido. Se encontraba en mitad de un hoyo de unos cinco metros de profundidad y en uno de sus extremos trabajaban tres buceadores, protegidos por la sólida jaula metálica, a través de cuyos espacios rectangulares penetraba la manga succionadora.

Larry y Pete se introdujeron en la jaula a través de una trampilla practicable y se reunieron con Ballard, Cornel y Brown, que estaban aguardándoles.

Ballard señaló con un ademán el lugar donde se alzaba una fina columna de burbujas gaseosas.

No era nada extraño.

Entre las ruinas sumergidas suelen quedar retenidas bolsas de aire que permanecen bajo el agua por tiempo indefinido.

—Aproximad la manga —indicó Hartman—. Vamos a ver qué hay debajo.

El extremo de la elástica manguera fue aplicado sobre el lugar donde brotaban las burbujas y la bomba de a bordo succionó la arena y el fango con potencia.

Treinta minutos después, la superficie estaba limpia. Debajo de la arena eran claramente visibles las grandes losas de un piso.

Una enorme lancha de unos dos metros de longitud por uno de anchura destacaba sobre el firme suelo.

Y precisamente de una de las rendijas de aquella sólida losa se escapaba la estela de pompas gaseosas.

— ¿Qué hacemos? —preguntó Ballard, indeciso.

Hartman se inclinó sobre el suelo y tanteó la piedra con sus manos.

—Intentemos removerla —respondió al cabo— Quiero saber qué hay ahí debajo.

Brown tomó el martillo neumático y lo hizo funcionar en la unión de la losa con el piso hasta conseguir abrir un agujero de unos quince centímetros de diámetro.

Las burbujas aumentaron de tamaño inmediatamente.

Larry acercó su mano a aquel agujero y comprobó por sí mismo la gran potencia de succión: allá abajo, las aguas estaban inundando, tumultuosas, algún desconocido compartimento.

Inmediatamente se comunicó con el profesor Bennet y pidió que fuera descendido un gato neumático con el que remover la pesadísima losa.

Bennet hacía preguntas y más preguntas, pero Hartman se sentía tan excitado como él y apenas le prestó atención.

Al fin, un cable descendió el gato neumático que fue anclado sólidamente al borde de la estela de burbujas.

Brown y Cornel adaptaron a su brazo de fuerza una palanca, cuyo extremo se ajustó en el boquete abierto por el martillo.

— ¡Cuidado! —previno Hartman a través de la radio—. Si, como supongo, se trata de una gran estancia llena de aire, la succión podría arrastrarnos a todos hacia allá abajo.

Precavidamente, los cinco buceadores se agarraron al gato neumático, firmemente sujeto al vacío sobre las losas.

— ¡Adelante! —ordenó Hartman.

Brown, Ballard y Loman hicieron funcionar el gato.

La losa se movió perceptiblemente y las burbujas brotaron más abundantes, pero el útil encajado en el brazo de fuerza del gato se escurrió fuera del agujero.

Loman se lanzó temerariamente hacia allá y tornó a afirmar la palanca de acero, que volvió a escurrirse una y otra vez, sin conseguir mover la losa.

— ¡Pon en marcha el gato! —gritó Peter a través de la radio—. Yo sostendré la palanca hasta que agarre.

Ballard, mecánicamente, obedeció.

En aquel momento, la losa se elevó medio metro y las aguas penetraron tumultuosamente a través de la abertura.

La violencia de la succión era tal que Hartman tuvo que sujetarse con toda su fuerza al gato para evitar ser arrastrado.

En cuanto a Loman… acababa de ser aspirado por las aguas y golpeado rudamente contra la losa, que volteó aparatosamente sobre sí y cayó a dos metros de distancia.

Despavoridos, los cuatro hombres contemplaron cómo el cuerpo de Pete Loman era engullido hacia las profundidades a través de la rectangular abertura que acababa de revelar la losa.

Diversos utensilios —algunos de ellos muy pesados— se desprendían del suelo y eran arrastrados como plumas hasta la negra abertura.

Durante un minuto, Hartman y sus hombres no pudieron hacer otra cosa que permanecer desesperadamente sujetos al gato neumático.

Luego, súbitamente, las aguas se calmaron.

Sin embargo, tuvieron que aguardar aún un momento, pues la visibilidad era desastrosa: toneladas de lodo y arena habían sido revueltas por la furia de las aguas.

Luego, de repente, el cuerpo de Pete Loman apareció flotando a través del cuadrado agujero.

Hartman nadó hacia él, le tomó por los hombros y le arrastró a prudente distancia.

Loman estaba vivo. Pero su brazo derecho se había quebrado por dos partes y el joven apenas podía aguantar sus aullidos de dolor.

—Haz un esfuerzo o morirás aquí abajo, Pete. Cálmate —aconsejó Hartman a través de la radio—. Dosifica tu respiración, serénate. Nada te ocurrirá si logras dominarte.

—Lo..., lo intentaré —prometió Loman, transido de dolor.

—Bien. Tus compañeros te llevarán a bordo. No hagas ningún movimiento. Así. Vamos, ten confianza.

Un momento después, Pete era evacuado hacia la superficie.

Para relevar a Loman, Brown y Cornel, llegaron más tarde los buceadores Flint, Mallory e incluso el contramaestre Ted Tane, un aficionado al buceo, hombre atlético y muy animoso dispuesto a echarles una mano.

Mientras la lancha del *Ocean Inquirer* llevaba a tierra a Pete Loman para recibir asistencia médica urgente, Larry Hartman se disponía a penetrar por la abertura submarina.

Larry fue el primero en entrar. Detrás le seguían Flint y Tane, mientras Mallory y Ballard quedaban arriba, vigilantes, para prever cualquier posible emergencia.

Lentamente, Hartman descendió hacia las lóbregas profundidades.

Detrás de él, surgió el rayo de luz del foco que portaba Budd Flint.

A pesar de la intensa luz, la visión era muy deficiente, pues las aguas estaban revueltas aún.

Lentamente, sin embargo, la finísima arena fue posándose hasta permitir que los tres hombres continuaran su descenso.

Hartman no podía divisar aún los contornos de aquella amplia estancia.

« ¿Una gruta, una bodega, un sótano?», se preguntaba.

Un pensamiento tenebroso acudió a la mente de Larry.

« ¿Qué ocurriría si alguien, allá arriba, removiese la losa y la ajustase sobre su marco?»

Desechó aquellos sombríos pensamientos. Confiaba plenamente en sus hombres y, por otra parte, ninguno de ellos tenía motivos de odio contra él.

Nadaron despacio hacia adelante. Hartman tocó bruscamente una lisa pared con sus dedos.

Hizo una seña a Flint y descendieron.

Llenos de estupor contemplaron una larga hilera de grandes ánforas de barro alineadas junto al muro.

Ahora estaba seguro: se encontraban en una gran bodega o almacén utilizada por los antiguos navegantes.

La transparencia de las aguas aumentó. Ahora era fácil ver incluso a ocho o diez metros de distancia.

Bruscamente, el contramaestre Blane que nadaba a su derecha, le tocó en el hombro.-

Hartman siguió la dirección que le indicaba y descendieron tres metros.

La visión que se ofreció a sus ojos provocó un escalofrío de espanto a lo largo de su espina dorsal.

En un ángulo del inmenso subterráneo se apilaban docenas de cuerpos humanos.

Yacían aquí y allá, apoyados indolentemente sobre el muro.

«Se *diría que la muerte les ha sorprendido apenas hace unos minutos»,* pensó Larry, despavorido.

Por unos instantes su mente quedo paralizada, victima del violento impacto psíquico.

Luego movió sus piernas y descendió aun más.

Sus ojos, desorbitados, contemplaron de cerca aquellas figuras humanas cubiertas con exóticas y arcaicas vestiduras.

—No me atreví a hacerlo —declaró Hartman, después de apurar su whisky—. No lo hice porque temí que los tripulantes del *Ocean lnquirer* se asustaran, profesor.

Julius Bennet se retorció, impaciente, las cortas y re- gordetas manos.

—Pero, Larry, estas momias tienen casi tres mil años —estalló el profesor, con vehemencia—. ¿Imaginas su valor? Y no me refiero a su traducción en dólares, sino a su incalculable valor histórico. Nuestro descubrimiento demostrará de una vez por todas que el gran continente americano fue visitado por hombres de diversas razas mucho antes de la venida de Cristo.

Hartman no dijo nada.

Su mirada parecía perdida en lo más remoto del océano, allá donde el disco rojizo del sol acababa de desaparecer.

El-Burguib, que asistía a la conversación sobre la cubierta del *Ocean,* hizo un gesto nervioso con su pequeña mano derecha.

—Por desgracia, el agua descompondrá rápidamente esos cuerpos conservados milagrosamente a lo largo de tres mil años. Si no los rescatamos rápidamente, ello supondrá una pérdida terrible para la Historia del hombre sobre la Tierra —declaró el egipcio, con evidente pesar.

Larry se agitó, inquieto, sobre su asiento.

¿Tendría, finalmente, que desvelar su secreto?

Bennet y El-Burguib urgían, como fascinados, el rescate de aquellas dos docenas de momias de marineros egipcios.

Pero Larry era consciente de que en el momento en que aquellos cuerpos alcanzasen la cubierta del *Ocean Inquirer,* estallaría la inquietud y el asombro.

Alguien se sentiría incapaz de mantener el secreto del descubrimiento y...

—Escúchenme —reclamó, ya decidido, la atención de sus dos interlocutores—. Quiero que lo sepan todo.

Los dos profesores le miraron atónito.

—Pero, Larry —exclamó Bennet—. ¿Es que nos ocultas algo?

Hartman asintió con un gesto.

—Encontré algo más —confesó—. Algo tan horrible que... preferí silenciarlo.

—Pero Flint... El contramaestre Tane

—Les envié arriba. Utilicé la disculpa de que nuestras radios no funcionaban bien en aquella profundidad y les encargué que comunicasen a ustedes nuestro hallazgo. Y lo hice porque había descubierto entre aquellos cuerpos algo que no encajaba de ninguna manera en el conjunto.

— ¡Por favor, por favor, habla! —gimió el rechoncho Bennet, al borde de la impaciencia.

—Había visto surgir una extraña mano en forma de zarpa de entre las momias. Cuando advertí que Flint y Tane me habían dejado solo, aparté con cuidado dos de aquellos cuerpos y...

La tensión se reflejaba en los músculos faciales de los dos viejos profesores.

— ¿Y...? —murmuró El-Burguib.

—En principio creí que se trataba de una especie marina desconocida. Su cuerpo estaba igualmente momificado, pero sus proporciones eran muy diferentes: mediría algo más de dos metros y medio, su cuerpo estaba cubierto de duras escamas verdosas v tenía una rara cabezota aplastada que recordaba vitalmente la expresión humana.

Bennet escrutaba con enorme interés el rostro de Larry Hartman. ¿Era posible que no sufriera una alucinación?

—Me impresionó aquel cráneo aplastado, con una rara aleta sagital que llegaba hasta el principio de la espalda. Me sentía impresionado e incluso... asustado, pero conseguí dominarme lo suficiente para seguir observando la momia de aquella horrible criatura.

—Adelante, por favor —rogó El-Burguib—. Siga describiéndolo.

—Aquella cabeza tenía un… rostro, como les he dicho. Tenía una especie de nariz achatada y distendida, unos arcos superciliares humanoides y unos labios táctiles. La mandíbula inferior, aunque muy desarrollada, era semejante a la de cualquier humano. Y también las dos hileras de dientes, aunque más largos y aguzados que los del hombre…

— ¿Y el cuerpo? —indagó Bennet, lleno de ansiedad.

—La implantación de los brazos sobre los hombros era claramente humanoide. Las manos, de dedos largos como los de un lagarto, pero palmeados, sin duda para permitir la natación, al igual que los pies. Vi un tronco muy similar al mío, palpé la articulación de las caderas y también unas largas y delgadas piernas bien musculadas, pero unidas entre sí como los dedos de las aves palmípedas —explicó Hartman, dominado por una intensa emoción.

Calló.

Por unos instantes, los tres hombres permanecieron silenciosos. De la cubierta de popa llegaba el rumor de voces de los marinos.

Luego Bennet carraspeó con fuerza.

—Escucha, Larry: por un momento pensé que estabas delirando, quizá victima de eso que vosotros llamáis «borrachera de las profundidades», pero ahora estoy seguro de que has dicho la verdad. Porque… ¿quién podría inventarse algo semejante? —exclamó, pensativo.

—De todas formas es… ¡impresionante! —murmuró el egipcio. Y preguntó, súbitamente interesado—: Dígame, Larry… ¿Cuántas de esas criaturas encontró entre las momias egipcias?

—Sólo una. Mientras palpaba, estupefacto, la cresta sagital de su cráneo, la enorme cabeza se desprendió; debía de tener roto el cuello, porque pude advertir unas poderosas vértebras cervicales —declaró.

—De todas formas… —dijo Bennet.

—No podemos seguir ocultando un hallazgo de tal magnitud —completó El-Burguib—. Nuestro deber es
recuperar esos cuerpos.

Pero los pensamientos de Hartman seguían derroteros muy diferentes.

—Mientras permanecía allá abajo, contemplando aquella horrible criatura, recordó súbitamente la traducción que hizo usted, profesor El-Burguib, de la inscripción en el bloque de granito. ¿Recuerda? «*Los* funx *brotaron de las profundidades marinas y cayeron como una nube de diablos sobre nosotros…*» Ahora no tengo ninguna duda: el cuerpo momificado de esa impresionante criatura es uno de ellos, uno de los «malignos *funx*» que exterminaron a la colonia egipcia instalada bajo las aguas —explicó Hartman, muy excitado.

—Yo también empiezo a creerlo así —afirmó el egipcio—. Y todo

ello supone un descubrimiento de co- losal magnitud. Un enorme paso hacia adelante en la Historia de la Antigüedad.

El-Burguib y Bennet cambiaron entre sí comentarios excitados.

Pero Hartman apenas prestaba atención a su conversación.

Bruscamente se puso en pie.

—¿Adónde vas, Larry? —indagó Bennet, preocupado

—A tierra —respondió su socio—. Tengo ganas de pasear, de poner en orden mis ideas. Mentía, sin embargo.

Su única obsesión, por aquel momento, era entrevistarse con Ed Tyler.

Quería indagar, hacerle toda una serie de preguntas acerca de..., acerca de aquel fantástico sujeto que Tyler había creído vislumbrar a lomos de un tiburón de ocho metros de longitud.

* * *

Hartman regresó al hotel hacia las diez de la noche.

Se sentía cansado y desalentado: todos sus esfuerzos por encontrar a Tyler habían resultado inútiles.

Nadie le había visto, ninguno de sus amigos tenía noticias de él. Los días anteriores le habían visto, borracho, vagar de una taberna a otra.

—Posiblemente está durmiendo la borrachera en cualquier cuchitril. Pero ¿dónde? —se preguntó Hartman, decepcionado.

Al atravesar el vestíbulo del hotel, muy animado a aquella hora, pensó que quizá un par de copas en el bar obrarían el milagro de alejar sus sombríos pensamientos.

Pero su estado de ánimo no era el mejor para ello, por lo que finalmente tomó el ascensor y subió a sus habitaciones.

Introdujo la llave en la cerradura, abrió y... quedó rígido al contemplar la silueta femenina que, sentada sobre el diván del salón, permanecía de espaldas a la entrada.

— ¡Jenny! —exclamó Larry, sorprendido.

Hubo un leve estremecimiento entre los hombros femeninos, pero la mujer no se volvió a mirarle.

Larry corrió hacia ella, ansioso.

Y las frases brotaron, atropelladas, de sus labios.

— ¡Jenny, pequeña mía! Te he buscado como un loco, he recorrido la ciudad de extremo a extremo, he preguntado, he indagado, he...

Entrecortado, Larry apoyó una mano sobre los cabellos y la obligó a girar hacia sí.

Un leve quejido brotó de los labios de Jenny.

Y Hartman retrocedió, espantado, al contemplar aquel rostro monstruosamente hinchado, desfigurado.

— ¡Dios mío, Dios mío! —gimió el duro Hartman, profundamente impresionado mientras contemplaba las finas facciones cubiertas de abultados hematomas.

Sus ojos, desorbitados, recorrieron los labios partidos, los párpados hinchados y violáceos, la fina nariz inflamada, la oreja derecha abultada, ensangrentada, cubierta aún de resecos cuajarones de sangre...

Un estertor profundo, dramático, surgió del pecho del hombre.

— ¡Dios mío! —murmuró, tembloroso.

Ardorosamente, se arrojó de rodillas al suelo y hundió su rostro contra el regazo femenino.

Trémulo, desconcertado, fuera de sí, Larry Hartman acarició con suavidad a Jenny Wilson y le prodigó palabras de consuelo.

De repente, se alzó del suelo. Una expresión fría, determinante, se reflejó en sus agradables facciones varoniles.

La miró. Volvió a analizar aquellas facciones desfiguradas. Y preguntó sin descomponerse:

— ¿Quién? ¿Quién lo hizo, Jenny? Quiero saber el nombre de la bestia que te puso así.

La puerta del dormitorio se abrió bruscamente.

Y un hombre de mediana edad, rostro cetrino y poblado bigote negro, apareció en el marco.

Encañonaba a Hartman con un «Colt» automático de gran calibre y sonreía desdeñosamente.

—Fui yo, señor Hartman —pronunció Brad Sheldon.

Larry le miró, desconcertado.

— ¿Qué quiere? ¿Qué hace aquí? —preguntó.

La sonrisa de los gruesos labios de Brad se hizo más amplia.

—Usted es un hombre muy rico, señor Hartman. Ha conseguido algo que yo jamás logré: la fortuna, el dinero. Y, créame, yo ambiciono su dinero —explicó cínicamente el aventurero—. Tenía otros planes, valiéndome de mi amiguita, Jenny Wilson, hubiera sido fácil estrujarle a usted... Pero ella, la muy estúpida, se ha negado a participar en el juego cuando todo estaba a punto. En una situación así, sólo me queda utilizar la fuerza. Aunque le juro que no son los métodos violentos mis preferidos. Es mejor utilizar la inteligencia...

— ¡Déjese de discursos! —gritó Hartman, impaciente—. ¿Qué quiere?

—Ya se lo he dicho: dinero. Usted lo tiene en cantidades importantes.

— ¿Cuánto?

—Trescientos mil dólares. Una cantidad mísera, comparada con su fortuna —sonrió Brad.

Hartman dirigió una rápida mirada a Jenny.

—Es estúpido imaginar que poseo esa cantidad en metálico aquí. ¿Qué es lo que ha pensado?

Brad avanzó un paso.

—Tengo una idea. Vamos a permanecer los tres aquí hasta mañana. A las nueve abren los Bancos. Usted me firmará un cheque por trescientos mil y yo me marcharé con Jenny.

— ¿Eso es todo? ¿Cómo estará seguro de que yo no dé contraorden telefónicamente al Banco para que anule ese cheque? —quiso saber Hartman. —Elemental. Usted ama a Jenny, según he podido comprobar. Yo mataré a Jenny si usted no se comporta de forma razonable —repuso Brad Sheldon. Larry se dejó caer despacio sobre un sillón. —No está mal —admitió—. Imaginando que yo esté dispuesto a entregarle ese dinero a cambio de Jenny, dudo mucho de su éxito. A las ocho debo reunirme con el doctor Bennet para volver a bordo del *Ocean Inquirer*. Ellos se mostrarán muy extrañados si no acudo a la cita. Y vendrán aquí. —Pero usted se comunicará con ellos. Dirá que se encuentra indispuesto y les rogará que aguarden hasta la tarde. De esta forma, yo podré cobrar mi dinero poner tierra de por medio —respondió fríamente Brad.

Larry apoyó lentamente sus manos sobre el respaldo del sillón.

—Bien, en ese caso, usted dirige. Dígame qué podemos hacer —dijo, dirigiendo una profunda mirada los ojos de Jenny.

—Nada. Absolutamente nada. Bastará con que Jenny permanezca en su sitio y usted en el suyo. Pueden incluso descabezar un sueño, si así lo prefieren. Pero le advierto, Hartman, no intente nada. En tal caso, tiraría a matar. Primero contra Jenny, después contra usted.

Larry relajó los músculos. Por el momento no existía peligro.

Pero su cerebro trabajaba a gran velocidad. Pensaba en Jenny, en sí mismo y en aquel tipo carente de escrúpulos que permanecía a su espalda, con una pistola en la mano.

Detrás de él, Brad se servía descaradamente una buena dosis de whisky escocés con hielo.

— ¿Puede servirme uno? —preguntó Larry.

— ¿Por qué no? —Respondió Brad, tras una corta carcajada—. Le daré de beber. Pero tenga en cuenta mi advertencia.

Se escuchó el rumor característico del licor cayendo sobre los cubitos de hielo y luego Brad se aproximó apoyó el cañón de su «Colt» en la nuca de Hartman y puso el vaso de whisky en su mano derecha.

Larry llevó el vaso a los labios. Notó que el frío cañón del arma se separaba de su piel y... aprovechó la ocasión.

Rápidamente giró sobre sí mismo, arrojó el contenido del vaso al rostro del aventurero y, volcando el sillón, saltó sobre él.

Un terrible puñetazo en el rostro arrojó a Brad a dos metros de distancia. El «Colt» se le escapó de entre los dedos, chocó contra los

vasos y botellas de la mesita de licores y los fragmentos de vidrio tintinearon al caer al suelo.

Hartman no fue a por la pistola, sino a por el hombre. Brad estaba incorporándose ya, cuando sus brazos le aferraron por los hombros y le proyectaron potentes contra la mesita cubierta de cristales.

Sonó un aullido escalofriante cuando las agudas aristas de vidrio rasgaron el rostro de Sheldon.

Como una fiera, el aventurero se rebulló y despidió a Larry de un codazo en pleno rostro.

Cuando Hartman comenzó a incorporarse, Brad le encañonaba con su pistola.

Sus facciones chorreaban sangre y sus ojos brillaban, llenos de odio.

—Maldito sea, Hartman! ¡Nadie..., nadie hizo esto conmigo! ¡Voy a... matarle! —rugió, loco de dolor y de rabia.

Fue un segundo. Larry comprendió que aquel energúmeno iba a disparar inmediatamente.

Jenny saltó entre los dos hombres y se abrazó a Hartman. Inmediatamente después resonó el disparo.

Jenny dejó escapar un gemido y sus brazos soltaron el cuello de Larry.

Despavorido, él la vio caer al suelo. El vestido de Jenny comenzó a empaparse rápidamente de sangre.

A tres metros de distancia, Brad Sheldon contemplaba sin expresión la pistola que seguía empuñando.

—Yo..., yo no quería... No pretendía...

Hartman saltó sobré él como una fiera, le despojó del arma de un empellón y le golpeó rápida y brutalmente hasta que el aventurero cayó a tierra, exánime.

Hartman contempló sus nudillos sangrantes, indeciso. Se oyó un leve quejido a su espalda: Jenny se movió apenas sobre el suelo.

Como un loco, Larry corrió hasta el cuadro de avisos, pulsó nerviosamente todos los botones y se desplazó hacia el teléfono.

Poco después, la *suite* estaba llena de personas, de Camareros, de policías...

Jenny fue evacuada inmediatamente en una camilla, mientras dos policías esposaban a Brad Sheldon.

El teniente O'Connor tocó sin rudeza el hombro de Larry.

—Venga conmigo, señor Hartman. Tengo que hacerle unas preguntas.

CAPITULO XI

Una sonrisa suave distendió los carnosos labios de Jenny.

—Dentro de pocos días estaré bien, señor Hartman. No, no tiene que ocuparse más de mí. Me iré, viajaré lejos de aquí… Sé que le he hecho mucho daño —mur muró.

Hartman estaba ceñudo, serio, impenetrable.

—Te has hecho daño a ti misma, Jenny. ¡Eres tan joven…! —dijo él.

La muchacha ocultó el rostro en la almohada.

—Váyase, por favor —rogó.

Pero Hartman aproximó su mano derecha y acarició sus cabellos.

—Descansa ahora, pequeña. Volveremos a vernos…

—aseguró con voz ronca. Y abandonó la habitación.

En la escalinata del hospital estaba esperándole el doctor Bennet.

— ¡Vamos, vamos, Larry! Todos estamos impacientes —urgió el profesor.

Larry no dijo nada. Caminaron hacia el aparcamiento, subieron al coche de Hartman y abandonaron el lugar.

El automóvil se detuvo en la playa. Más allá, junto al embarcadero, se balanceaba la lancha del *Ocean In- quirer*.

Veinte minutos después, la lancha contorneaba la tétrica orilla de Cayo Calavera, poblada de cráneos humanos.

«Es extraño —pensó Larry—. Nadie puede explicarse de dónde vinieron esos centenares de calaveras.»

La lancha abordó el costado de babor del *Ocean,* a una milla de distancia del rocoso islote. Larry comenzaba a sentirse nervioso: el profesor Bennet había encontrado a Ed Tyler y le había convencido para volver al *Ocean.*

En realidad, Tyler llevaba dos días a bordo: las cuarenta y ocho horas en que Jenny Wilson se había debatido entre la vida y la muerte.

Subieron a bordo. Tyler estaba reunido con los hombres del equipo de submarinistas. Se le notaba un tanto cohibido, pero no rehuyó la mirada cuando Larry buscó sus ojos.

—Te necesito, Ed —dijo Hartman, directamente—. ¿Quieres volver al equipo, trabajar con nosotros?

—Sí, patrón. Haré lo que me mande —respondió Ty- ler con franqueza.

—Bien. Vamos a descender. Tú vendrás conmigo, a mi lado, Ed. Vamos a comprobar algo de suma importancia —propuso Hartman.

Cinco buceadores comprobaron meticulosamente su ¡equipo de inmersión, bajo las atentas e impacientes miradas de Bennet, El-Burguib y el capitán Glade.

Luego, uno tras otro, los cinco submarinistas fueron lanzándose al agua en pos de Larry Hartman.

Influenciado por sus dos colaboradores, Bennet y el egipcio, Larry había decidido rescatar de las profundidades las momias de los

milenarios marinos egipcios.

Pero mucho más que ello, le interesaba que Ed Tyler contemplara el cuerpo de la monstruosa criatura que yacía entre ellos.

Una vez alcanzado el fondo del anfiteatro, y protegidos por la gran jaula metálica, Larry dispuso el trabajo entre sus hombres.

Dos de ellos comenzaron a cargar en espuertas metálicas arcaicas armas de hierro y centenares de piezas de cobre y cerámica, procedentes de las excavaciones. Ballard portaba un foco y Cornel otro cuando Hartman hizo una seña a Tyler y le animó a seguirle a traves de la abertura rectangular del piso enlosado.

La visión era perfecta. Las aguas, inmóviles, tenían a transparencia casi total.

Uno a uno, cuatro hombres penetraron en el sumergido sótano. Decididamente, Larry nadó con fuerza hacia el extremo más alejado, una vez comprobó que Tyler le seguía sin dar muestras de la menor vacilación.

Los conos luminosos de los focos producían atractivas irisaciones al perforar las quietas y límpidas aguas. Ante Larry apareció la ordenada hilera de estilizadas tinajas de barro, adosadas al muro.

Avanzaron. De repente, Larry se detuvo, estupefacto.

¡Las momias habían desaparecido!

En el rincón más alejado del almacén no quedaba uno solo de los cadáveres momificados de los marinos egipcios.

«¡Nada! —pensó, dominado por la rabia—. ¡No hay nada!»

Inútilmente recorrieron la vasta estancia sumergida. Sobre las losas podían divisarse armas, corazas de cobre, vasijas, utensilios mil veces valiosos por su antigüedad. Pero las momias habían desaparecido.

«Alguien las robó», imaginó Hartman, colérico.

Pero... ¿cómo era posible?

El *Ocean Inquirer* había prestado guardia ininterrumpidamente durante los dos días que Larry había permanecido velando a Jenny. Y las dos dragas, dada la bonanza de las condiciones climatológicas, también habían estado ancladas en las proximidades.

Parecía, pues, absurdo que alguien hubiera podido acercarse a aquella zona para realizar el robo sin que las tripulaciones de los tres barcos hubieran detectado la ilegal incursión.

Tyler permanecía a su lado y le observaba, intrigado, sin duda.

Arriba, bajo la jaula, Larry se comunicó con Julius Bennet y le informó de la situación.

—Pero... ¿cómo? ¡Eso es absolutamente imposible! Yo mismo he dormido durante los últimos días a bordo. ¡Ño, no, ninguna embarcación se ha aproximado a este lugar Por otra parte... sería preciso un equipo muy costoso, cientos de miles de dólares, para montar una operación semejante. ¡Larry, lo que acabas de contarme es

absolutamente imposible!

Hartman comenzaba a impacientarse.

—Tómalo como quieras, amigo mío, pero lo cierto es que esas viejas reliquias han desaparecido y dudo mucho que volvamos a encontrarlas. De todas formas, vamos a realizar una cuidadosa inspección de los acantilados. Tal vez...

—Tal vez, ¿qué? —gritó Bennet a través de las ondas.

—No lo sé —respondió Larry, bruscamente.

Cortó la comunicación y se" reunió con sus bucea- dores. Rápidamente impartió sus instrucciones.

Un hombre iría a comprobar la integridad de la reja metálica que tapaba la grieta, es decir, la única entrada practicable al anfiteatro. Los demás explorarían las verticales paredes rocosas del círculo.

Hartman, que se hacía acompañar de Ed Tyler con el fin de infundirle la necesaria confianza, se reservó un considerable sector de los acantilados.

Dio la señal y los buceadores partieron en distintas direcciones desde el centro, como los radios de una circunferencia.

Larry y Tyler nadaron acompasadamente a la misma altura, a unos dos metros sobre la limpia y dorada arena del fondo.

Habían consultado sus relojes antes de partir y comprobado que sus voluminosos balones de oxígeno les permitirían respirar aún durante más de dos horas.

El fondo del mar, prácticamente liso en su centro, comenzó a formar ondulaciones de hasta unos dos metros de altura, a modo de dunas.

Acababa de superar las primeras elevaciones arenosas, cuando Tyler señaló con un ademán violento de su brazo algo que se destacaba sobre el fondo.

¡Una calavera...!

Los dos buceadores se detuvieron, muy impresionados por el macabro hallazgo.

Hartman avanzó y rozó la arena para tomar en sus manos el cráneo. ¡Y la calavera se deshizo prácticamente entre sus dedos...!

El miedo comenzó a hacer su presa en Ed Tyler, que propuso, tembloroso, a través de la radio:

— ¡Volvamos!

— ¿Volver? Vamos, Ed, no hay ningún peligro. Sólo quiero saber quién trajo ese cráneo hasta aquí, ¡Sigamos! —le animó Larry.

Braceó con fuerza y Tyler le siguió a regañadientes.

Una duna más allá tornaron a encontrar huesos humanos: dos calaveras, varios fémures, fragmentos de una espina dorsal, dos maxilares sueltos.

Y algo más sorprendente aún; un antiguo cinturón de malla de

cobre con una maciza hebilla de plata, finamente cincelada.

Hartman examinó aquel objeto con todo interés. Y un momento después estaba seguro: había visto aquel cinturón antes... ciñendo la cintura de una de las momias egipcias.

Estaba claro: los ladrones habían ido dejando una fácil pista tras sí.

Sin embargo, algo preocupaba a Larry sobremanera... ¿Por qué los muertos estaban absolutamente limpios?

Tyler estaba muy impresionado. Hartman pudo advertirlo en el temblor de su voz cuando repitió:

—Creo..., creo que debiéramos volver, patrón. p

Larry dirigió una lenta mirada a los alrededores. No parecía existir ningún peligro. ¿Por qué no seguir avanzando?

Nadó decididamente hacia adelante. Y Tyler, indeciso, le siguió.

Las dunas se elevaban progresivamente, a medida que se aproximaban a los acantilados.

Hartman advirtió que cada vez le era más fácil nadar. Apenas movía brazos y piernas y, sin embargo, se sentía fuertemente atraído hacia las rocas.

A lo largo del trayecto, atrás, quedaba un claro reguero formado por restos humanos y algunas piezas metálicas propias del atuendo de los hombres de la antigüedad.

Hartman se mantuvo inmóvil ahora. Pero su cuerpo siguió avanzando hacia los acantilados, en sentido oblicuo ascendente.

«Bien —se dijo—. Ahora comprobaremos hacia dónde nos arrastra esa corriente.»

Giró el cuello para mirar a Tyler y no le vio. *Tyler había desaparecido.*

Una sutil sensación de peligro se apoderó de él. A pesar de lo cual, Larry se dejó llevar por el movimiento de las aguas.

Ante sus ojos surgió un agudo espolón pétreo que avanzaba unos cinco metros de la cornisa vertical de los acantilados.

Aquel espolón tapaba parcialmente una amplia grieta abierta en la roca viva. Otras grietas longitudinales más estrechas cortaban la piedra verticalmente y servían de albergue a los grandes pulpos del anfiteatro.

No era muy potente la corriente que empujaba a Hartman. No se trataba de una de esas peligrosas vorágines submarinas, sino de un impulso constante y leve que absorbía el cuerpo sin brusquedades.

Sus manos se sujetaron firmemente al espolón y resistió allí sin dificultad. Miró su cronómetro: le quedaban ochenta minutos de oxígeno en los balones.

¿Era prudente seguir adelante?

Desde luego, un hombre sensato hubiera optado por volver a la superficie y conseguir ayuda suficiente.

Pero Larry Hartman se sentía ya profundamente obsesionado. Debía descubrir el enigma o no se sentiría tranquilo por el resto de sus días.

Ante sí se ofrecía la negra caverna hacia donde le impulsaba la corriente. ¿No sería peligroso, terrible, introducirse en la oscura grieta?

No lo pensó. Sus dedos dejaron de oprimir la aguda cresta rocosa y su cuerpo se deslizó raudamente hacia adelante.

La luz decreció progresivamente y Hartman hubo, de encender su lámpara. La luz eléctrica puso un tinte lívido, azulado y misterioso en las oscuras paredes del conducto.

La sumergida galería se estrechaba a veces hasta apenas superar el metro de diámetro y otras, por el contrario, se expandía hasta los cinco o seis metros.

La marcha se hacía más veloz por momentos. En ocasiones, el movimiento de las aguas impulsaba bruscamente a Hartman contra las paredes pétreas con peligrosa violencia y el buceador tenía que esforzarse en mantenerse alejado de las erizadas crestas que surgían de los muros de la larga galería.

Hartman empezaba a sentirse verdaderamente atemorizado. Desde luego, hubiera sido mil veces más sensato regresar junto a Tyler, al que suponía ya a bordo del *Ocean Inquirer*.

Bruscamente llegó a sus oídos un gran estruendo. Coincidiendo con ello, su luz perdió toda su potencia.

¿O no? ¡No! La próxima luz del día que penetraba por algún recóndito lugar había atenuado, simplemente, la potencia de su foco eléctrico.

De repente, su cuerpo giró locamente. Larry sintió heridos sus brazos y sus piernas en un loco torbellino.

Luego... su cuerpo flotó sobre un hervidero de espuma a la luz del día.

Dolorido, nadó y alcanzó una resbaladiza roca, sobre la que descansó unos instantes, jadeante, y libre de su visorrespirador.

Estupefacto, comprobó que acababa de ser expelido, por la boca de una gruta de unos tres metros de diámetro, en donde el agua hervía en furioso torbellino.

—Un sifón —murmuró Larry—. Un sencillo e inofensivo sifón provocado por los movimientos submarinos.

Recuperada la calma, Larry se irguió y saltó sobre las rocas, tratando de alcanzar un punto prominente, desde el que divisar las siluetas del *Ocean Inquirer* y las dragas.

Pronto se convenció de que se hallaba en la punta norte de Cayo Calavera. Desde el lugar en que se hallaba era imposible ver las tres embarcaciones.

Sin embargo, un espectáculo sobrecogedor se ofre- ció a sus ojos: los abruptos acantilados de aquella zona aparecían materialmente cubiertos por calaveras; blanqueadas que parecían contemplarle amenazadoras desde los huecos donde un día estuvieron implantados sus ojos.

El cielo se había cubierto de negros nubarrones y las olas llegaban embravecidas hasta el lugar elevado donde se hallaba.

Una galerna se aproximaba velozmente a la costa atlántica. Pronto, Hartman comprendió que sería imposible contonear a nado la isla y volver al *Ocean.*

La furia del mar progresaba a velocidad indescriptible. Olas montañosas de doce y catorce metros de altura estaban formándose ya a un par de millas en mar abierto.

Sólo quedaba una vía: volver por donde había llegado. Y Larry no dudó en emprender el regreso.

Sumergido en el torbellino del sifón, nadó despacio contra corriente.

Llevaría nadando apenas diez minutos cuando comprendió que el camino que llevaba no era el mismo por el qué había llegado al sifón: la galería por la que avanzaba ahora era mucho más amplia y las aguas eran quietas y plácidas.

Exhausto, Larry alcanzó un pasillo elevado y resbaladizo. Se desprendió del visor y advirtió que el aire era respirable.

—Menos mal —suspiró—. Apenas me quedan treinta y cinco minutos de oxígeno en los balones.

Se dejó caer en el suelo, fatigado. Y miró sus hombros, brazos y piernas, desollados y sangrantes.

Unos minutos después se ponía en pie y contemplaba con asombro y temor los extraños contornos de la gruta.

—No puedo negarlo —se dijo—. Estoy perdido. Tendré que volver atrás. Y probablemente, volveré a extraviarme en este dédalo de galerías sumergidas.

El foco eléctrico que recorría los muros se detuvo en el confín de la gruta.

Unos puntitos rojizos brillaron en la oscuridad. Larry, intrigado, avanzó hacia allá, guiándose por el foco de su linterna.

Y se detuvo, despavorido, al descubrir el montón de restos humanos descuidadamente apilados en una oquedad del muro.

Inmovilizado por el espanto, la lámpara cayó de su mano y golpeó contra las rocas.

Aquellos redondos puntitos rojizos se movieron entonces. Y un gruñido profundo, escalofriante, fue repetido por el eco de los muros subterráneos.

CAPITULO XII

Me siento desesperado, porque sé que mi fin se acerca.

Tengo grabada en mi cerebro la lista interminable de los que me precedieron desde que desapareciera el remoto Arix, el excelso.

Shaitan sucedió a Arix, y Xiriox a Shaitan. Después... Galix, Ktrop, Yew-Ton, Wo, Haii, Groll, Bepih, lllax, Kadrow, lswilek..., hasta llegar a mí, Baax, la última criatura.

No es que Mirah, Gree, Moo y Wii estén muertos..., pero morirán en breve, lo mismo que yo. Ellos apenas pueden valerse por sí mismos: no pueden moverse y yo debo traerles la comida, aunque mis fuerzas tampoco den ya mucho de sí.

Para arrastrarme lejos de mi refugio debo utilizar la ayuda de uno de esos voraces escualos, a los que domino con mi cerebro privilegiado. Pero... ¿de qué me servirá mi cerebro si sé que los últimos hombres y mujeres de Hakari vamos a morir en breve?

¡Arix, Shaitan, Xiriox...! ¿Qué resta ya de ellos, excepto el recuerdo? Ellos me legaron la cultura de Hakari y también me cedieron a Fla-On, el robot.

No he querido utilizar a Fla-On, como tampoco lo utilizó mi antecesor, Wolloch.

Fla-On me servirá para algo más trascendente. Cuando Gree, Moo, Mirah y Wii hayan muerto, cuando yo, Baax, la última criatura, me sienta terriblemente solo, ordenaré a Fla-On que me destruya.

¡Es espantoso.../

Arix se equivocó, Shaitan se equivocó, todos nos equivocamos.

«Busquemos un nuevo Paraíso», propuso Arix, cuan- do nuestro sistema solar declinó.

Llegamos a este planeta azulado y... sus hielos cubrieron centenares de cadáveres de las criaturas de mi estirpe.

«Las condiciones de este mundo no son las mejores para nosotros —declaró su sucesor, Shaitan. Y afirmó—: Debemos evlucionar, adaptarnos a las circunstancias de este planeta, si queremos sobrevivir.»

Alcanzamos el mar, un medio más templado donde comenzar la evolución.

Fue muy difícil, espantoso. Nuestras mujeres podían engendrar doscientos hijos en un año y establecimos una ley mediante la cual nueve de cada diez varones recién nacidos serían sacrificados, con el fin de multiplicar rápidamente el número de individuos de nuestra raza.

Evolucionamos, sí, protegidos por nuestros robots. Nuestros débiles organismos se adaptaron a las más detestables condiciones de vida, nuestros cuerpos se desarrollaron y nuestra apariencia se transformó completamente. Pero para ello debieron transcurrir miles y miles de años.

Yo mismo me asusté cuando por vez primera contemplé mi silueta reflejada en la superficie del agua. ¡Comparada con la descripción que de ellos mismos hicieron mis antecesores, mi apariencia no puede ser más monstruosa...!

Recluidos eternamente en nuestro refugio, atreviéndonos apenas a abandonarlo para buscar nuestro sustento, viviendo continuamente en el espanto que nos producía la visión de los terribles monstruos marinos que devoraban a centenares de los nuestros...

¡Los hombres! Ellos son poderosos y crueles. Domi- nan la tierra, los mares, incluso el aire.

Cuando ellos comenzaron a dominar la técnica, empezó, por paradoja, el principio de nuestro fin.

Sus naves, sus industrias, contaminaron todos los mares. Mil enfermedades desconocidas nos acosaron entonces.

Nuestras escamas se desprendían, nuestros ojos se cegaban, muchos de los nuestros morían en medio de horrorosas agonías...

Era preciso defendernos, pensar en la venganza. Y yo mismo, Baax, el último jefe de las criaturas de Ha- kari, me encargué de ello.

Hasta entonces nos habíamos alimentado de crustáceos y cefalópodos, pero a partir de allí el hombre sería nuestro alimento.

En nuestras excursiones a la superficie, los habíamos visto llegar a esta isla, correr, jugar, gritar, divertirse...

La observación nos permitió diferenciar su edad y su sexo, guiándonos por la apariencia de sus vestiduras y por el tono de su voz, tamaño, etcétera.

Recuerdo la primera vez que tuve un encuentro con uno de ellos.

Era una criatura joven, de cabellos rubios y sedosos, que tomaba el sol totalmente desnuda.

Sobre la superficie, nuestros movimientos son lentos y pesados, pero podemos desplazarnos en posición vertical y respirar el oxígeno del aire, al igual que del agua.

Avancé, pues, lentamente, sobre las rocas.

De repente, el joven se puso en pie y me vio. Los hombres son rápidos e imaginé que iba a escaparse saltando de roca en roca.

No se movió. Exhaló un grito agudísimo y se desplomó. Cuando llegué junto a él, permanecía inmóvil, pálido, rígidos aún los músculos: estaba muerto. Había muerto de la impresión, al contemplar mi monstruosa apariencia.

Lo tomé en mis brazos, me sumergí en el sifón y lo llevé al refugio. Y allí, entre todos, lo devoramos.

Y esto ocurrió muchas veces. Algunos se rebelaban, pero el terror los inmovilizaba. Entonces nosotros caíamos sobre ellos y los destrozábamos.

A lo largo de los años, los acantilados quedaron poblados de calaveras.

En varias ocasiones llegaron extraños vehículos de grandes

proporciones y gran cantidad de hombres desembarcaron en la isla para inspeccionar los acantilados. Alguna tomaban las calaveras en sus manos, las examinaban prorrumpían en excitadas exclamaciones.

Yo no podía entenderles. No lograba captar todos los sonidos que emitían, pero sí me era posible interceptar los pensamientos que elaboraban sus cerebros.

Estaban muy excitados y buscaban a los asesinos que habían producido tantas víctimas: sus pruebas eran los restos óseos que se blanqueaban al sol sobre las rocas.

Maldecían, gritaban y se movían por doquier mientras nosotros les espiábamos desde las cavernas sumergidas.

Finalmente, terminaban cansándose, subían todos a sus embarcaciones y se marchaban.

Sin embargo, volvían de vez en cuando. En una ocasión colocaron unos extraños paneles metálicos, con unos signos que yo no podía entender, pero que todavía recuerdo, a pesar de que el sol y el viento fue borrando sus caracteres: «PELIGRO. NO DESEMBARQUEN NI PERMANEZCAN EN ESTA ISLA.»

Por fortuna para nosotros, de cuando en cuando una pequeña embarcación llegaba hasta el acantilado. Bajaban unas cuantas personas y recorrían, curiosas, los abruptos acantilados.

Cuando se confiaban, nosotros caíamos sobre ellos. Esto aseguraba nuestro sustento por unos pocos días.

Pero ya nada es igual. Las venenosas aguas del mar han terminado prácticamente con nosotros. Y, por otra parte, son pocos los hombres que se aventuran a tocar tierra en esta isla.

Hemos llegado al extremo de devorar unos cuerpos resecos e insípidos, que encontramos en la cueva que descubrieron los humanos que vinieron a curiosear en las proximidades de nuestro refugio. He intentado varias veces de apoderarme de alguno de ellos, pero están protegidos por una insólita tela metálica. Además, apenas tengo fuerzas ya para permanecer en el agua por unas horas.

Junto a mí, Gree acaba de expirar y Mirah le está examinando atentamente. No tardara mucho en devorarlo. Los otros dos se unirán a ella, estoy seguro. Y yo mismo...

Dentro de poco moriremos todos, aunque estoy seguro de que yo seré el último en fallecer.

Por fortuna, Fla-On, todavía poderoso, está junto a mí. La humedad nada ha podido contra su sólida estructura metálica, totalmente hermética,

Cuando ellos, mis congéneres, hayan fenecido, yo enviaré mi último pensamiento, mi postrer orden al fiel Fla-On.

Y él sabrá lo que tiene que hacer: DESTRUIRME.

CAPITULO XIII

Hartman tragó saliva.

Aquellos puntos luminosos sólo podían corresponder a... seres vivientes.

Y su única defensa estaba en la pistola lanza-dardos que colgaba de su cinturón y en su lámpara caída en tierra.

Tuvo que hacer un gran esfuerzo de voluntad para poner en marcha sus músculos, inclinarse y recoger la lámpara.

El instinto de conservación le obligó a desabrochar el atalaje de su pistola y a empuñar el arma.

No tenía mucho alcance la pistola, impulsada por aire comprimido, pero sus dardos, que albergaban un explosivo en el interior, estallaban al clavarse y podían provocar una terrible carnicería en el cuerpo de un tiburón.

Con los músculos envarados, elevó la lámpara y dirigió su chorro luminoso hacia el fondo.

— ¿Quién..., quién anda ahí? —gritó, despavorido.

No advirtió el menor movimiento. Pero aquellos puntitos redondos, rojos, fosforescentes, seguían brillando en la penumbra.

Avanzó lentamente. Y pensó que lo mejor sería retroceder y zambullirse en la laguna: ¡¡E SC A PAR!!

Pero no podía retroceder. Libres de su control, sus piernas seguían moviéndose hacia adelante, muy despacio.

Advirtió el reflejo metálico de una figura inverosímil que se mantenía enhiesta al pie del montón de restos óseos.

—Una vieja armadura metálica, ¿un robot? —murmuró entre dientes.

Movió el chorro de su lámpara. Y los vio...

Tres monstruosos seres humanoides, fláccidos y provistos de brillantes escamas verdosas, estaban devorando el cuerpo de otra criatura semejante en el centro de una pequeña depresión.

Otro de aquellos *funx,* un monstruo poderoso, de colosales proporciones, permanecía sentado en un risco, con la espinosa espalda apoyada en el muro muy *cerca* de la insólita armadura metálica que exhalaba un fulgor azulado.

Hartman se detuvo. Una espantosa náusea, provocada por el miedo y el hedor que se respiraba en aquella zona de la gruta, agitó su estómago. | Ya se disponía a disparar locamente su arma, cuando aquellas palabras resonaron como estampidos en su cerebro:

— ¿QUIEN ERES TU...? .

Sus oídos no habían percibido el menor ruido. ¡Y sin embargo, acuella frase retumbaba estruendosa en su cerebro!

—Soy..., soy... —balbuceó. Y se sintió incapaz de v articular nada más.

El monstruoso ser que se recostaba sobre el muro se puso

dificultosamente en pie. Hartman siguió su movimiento con ojos desorbitados... ¿Cuánto medía aquel monstruo, mitad hombre, mitad iguana? ¿Tres metros, cuatro quizá?

—ERES UN INTRUSO. ES DECIR, UN... HOMBRE, UN ENEMIGO. PERO PUEDES SERNOS UTIL, PROLONGAR NUESTRA EXISTENCIA DURANTE UNAS HORAS, UN DIA NOS SERVIRAS DE ALIMENTO — volvieron a estallar las ideas en el cerebro de Hartman.

La última criatura avanzó unos pasos. Despacio, inseguro, pues la membrana que unía sus piernas de reptil hasta la rodilla, no le permitía dar grandes zancadas.

Y Larry retrocedió, aterrado.

Instintivamente, sus dedos oprimieron el disparador de la pistola. El proyectil brotó, vibrante, chocó contra la bóveda y estalló fragorosamente.

Los tres monstruos que devoraban la carroña de su congénere, se irguieron, furiosos.

Larry introdujo otro proyectil en el cañón y movió la palanca de aire comprimido.

Se dejó caer de rodillas y apuntó cuidadosamente a la colosal silueta del ser que venía hacia él.

Sus manos temblaban y tuvo que sujetar la derecha aprisionando fuertemente su muñeca.

Volvió a disparar. Ahora el proyectil alcanzó al monstruo en el vientre y estalló entre las vísceras, abriéndole una horrorosa herida de grandes proporciones.

Se oyó un gruñido agónico y Baax se desplomó pesadamente de espaldas.

Larry pudo ver cómo sus terribles mandíbulas se entreabrían espasmódicamente y de su garganta brotaban animalescos sonidos inarticulados.

Las tres criaturas que permanecían junto a la carroña se arrastraron lentamente, como babosas, en dirección a Hartman.

Apresuradamente, con movimientos torpes v nerviosos, Larry recargó su arma y disparó sobre elfos.

No tuvo tiempo de comprobar el efecto del disparo, porque el pavor le impulsaba ya a retroceder atropelladamente.

Las aletas natatorias dificultaban el movimiento de sus piernas. Bruscamente, tropezó y cayó sobre las viscosas rocas.

Desesperado, Larry vio cómo la pistola se iba de entre sus dedos, rebotando sobre el piso y caía al agua.

Como un reptil, reptó sobre el suelo arañándose los codos y entorpecido por el considerable peso de los balones de oxígeno, hasta alcanzar el grueso pilar for- mado por altísimas estalactitas y estalagmitas que alcanzaban la bóveda.

Jadeó estentóreamente. Ya intentaba incorporarse, cuando aquellas palabras detonaron metálicamente en su cerebro:
—¡¡FA-ON, FA-ON, MATALE, ANIQUILALE, EXTERMINALE...!!
Larry giró el cuello, protegido tras el sólido pilar rocoso y advirtió un leve movimiento en el robot.

Súbitamente, de su parte superior surgió un finísimo hilo azulado que se expandió con angustiosa lentitud hacia la columna que ocultaba a Hartman.

La roca alcanzó inmediatamente la incandescencia y estalló.

Pesadísimos bloques de piedra roja saltaron en pedazos en el momento en que Larry se incorporaba de un salto y se arrojaba al agua, que comenzó rápidamente a hervir al recibir en su seno la lava ardiente en que acababa de convertirse la columna de estalactitas.

Nadó con desesperación e intentó colocarse atropelladamente el visor-respirador.

En aquel instante la bóveda se vino abajo. El sol esplendoroso de la tarde lanzó sus rayos sobre las lóbregas profundidades de la gruta.

Colosales fragmentos de roca se precipitaron abajo y elevaron grandes surtidores de agua al hundirse en el fondo de la laguna.

Antes de zambullirse, Larry pudo aún presenciar un espectáculo dantesco. Fa-On lanzaba locamente sus destructores rayos a diestro y siniestro y el basamento mismo de las entrañas de la Tierra se conmovía como si manos ciclópeas desgarraran sus senos.

El agua hervía, quemaba. Y Larry intentaba descender, encontrar desesperadamente una salida.

Un torbellino de agua fría acarició su piel lacerada y Hartman nadó con todas sus fuerzas hacia allá.

Lo hacía ciegamente, a oscuras, pues había perdido la lámpara. Y sólo podía tener una orientación: la frialdad de las aguas.

No podía imaginar durante cuánto tiempo nadó, Bruscamente, a sus espaldas se oyó un gran estrépito y Larry fue proyectado contra la roca firme.

Inmediatamente perdió el conocimiento. La fría corriente arrastró su cuerpo velozmente a lo largo de la oscura galería sumergida.

CAPITULO XIV

Poco a poco fue percibiendo unas voces conocidas. Entreabrió los ojos y volvió a cerrarlos, deslumbrado por el fuerte sol que penetraba a través de la ventana.

Bennet y el profesor El-Burguib se inclinaron ávidamente sobre él.

— ¡Al fin! —Exclamó Julius con un suspiro—. Vuelves a ser tú,

Larry. Durante más de una semana te hemos oído gritar y te hemos visto retorcerte, hablar de unos extraños monstruos... En fin, bien venido, amigo mío...

Larry les miró, entornados los ojos. Y percibió la presencia cálida, humana, de sus dos amigos.

Una dominante y seca enfermera obligó a salir a los dos profesores. La mujer le tomó el pulso, hizo un gesto de asentimiento y ordenó, autoritaria:

—Ahora, vuelva a dormir. Lo necesita.

Despertó al día siguiente. Y comió y bebió abundantemente.

Apenas podía moverse, pues sus brazos y su pecho estaban escayolados.

Aquella misma mañana recibió la visita de Jenny. Una enfermera empujaba su silla de ruedas, pero la jovencita sonreía animosa.

—Muy bien —dijo Larry, tomándole una mano—. Veo que tu rostro vuelve a recuperar la belleza. Tienes un aspecto excelente.

—Usted... Tú... tienes un aspecto muy gracioso... —exclamó ella. Y se echó a reír, sin poder remediarlo. También Larry sonreía.

Aquella misma tarde volvieron los profesores Bennet y El-Burguib. Julius tenía la expresión de un conspirador y, en cuanto vio salir a la enfermera, se inclinó con ansiedad sobre el paciente y murmuró a su oído:

—Y ahora que estás fuera de peligro, dinos, Larry, ¿qué ocurrió allá abajo, qué viste?

Hartman entornó los ojos, reflexivo.

— ¿Qué creéis vosotros? —inquirió a su vez.

—Las autoridades de Marina y los geólogos dicen que se produjo un maremoto, una explosión volcánica submarina. Lo cierto es que Cayo Calavera se ha hundido. Habrá que borrarlo del mapa. Todavía no puedo explicarme cómo lograste salvarte, Larry. Te encontramos sin sentido, flotando sobre el mar, a una milla de distancia —respondió Bennet.

—Sí, fue como un milagro. Y no, no descubrí nada extraordinario —aclaró Hartman—. Salí al mar a través de una galería subterránea. Nadaba ya hacia el *Ocean* cuando se produjo la explosión. Es todo cuanto sé.

— ¿Crees..., crees que esto... enfriará tu interés por la investigación arqueológica submarina? —indagó Julius, temeroso

— ¿Quién ha dicho tal cosa? Volveremos al mar en cuanto esté repuesto. Y ahora, amigos míos, quisiera pediros un gran favor: quiero estar junto a Jenny —pidió Larry—. Los dos podríamos ocupar la misma habitación.

—¡Me lo temía! —estalló Bennet, con un cómico gesto—. Pero es imposible, ya sabes cómo se las gasta esa bruja, me refiero a la

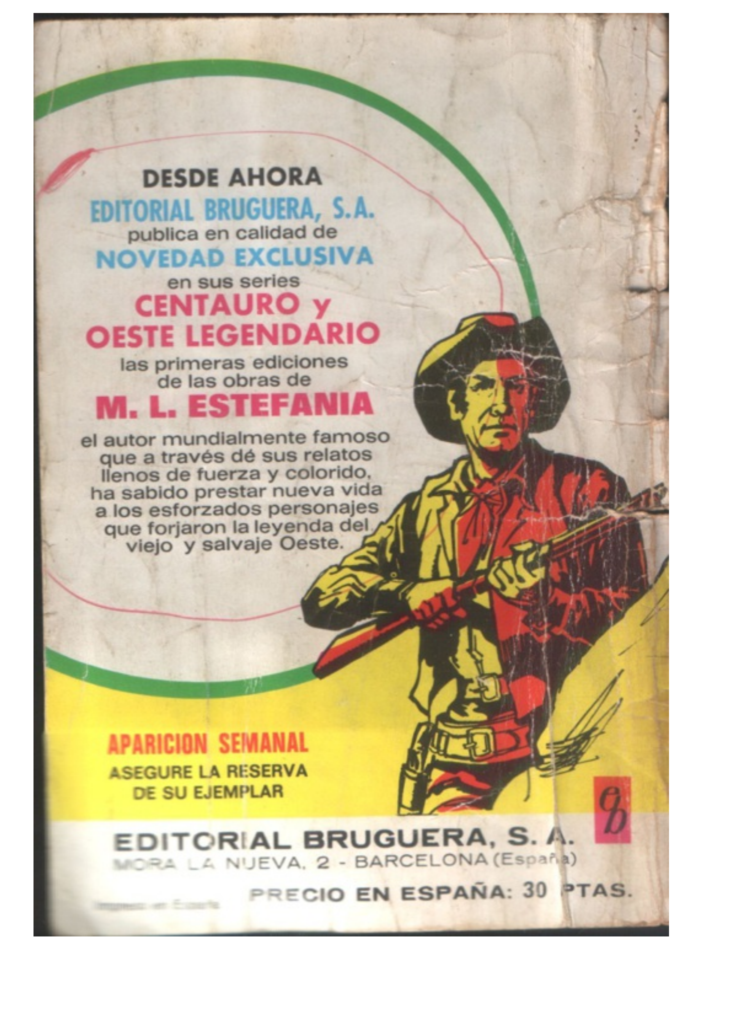
enfermera. Sabe que no estáis casados y de ninguna forma permitirá que ocupes la misma habitación.

—Es cierto que no estamos casados —afirmó Hartman—. Pero eso tiene solución: sólo tenéis que buscarme un juez que nos case.

Bennet se puso pálido de asombro. Pero el pequeño profesor El-Burguib le empujó hacia la puerta v se marcharon.

Un momento después apareció Jenny. Detrás de ella, la gruñona enfermera murmuraba algo entre dientes...

F I N


DESDE AHORA
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
publica en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA
en sus series
CENTAURO y
OESTE LEGENDARIO
las primeras ediciones
de las obras de
M. L. ESTEFANIA
el autor mundialmente famoso
que a través dé sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la leyenda del
viejo y salvaje Oeste.
APARICION SEMANAL
ASEGURE LA RESERVA
DE SU EJEMPLAR
eb
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)
PRECIO EN ESPAÑA: 30 PTAS.